**Un tlacuache salvó este libro del fuego**

**Daniela L. Guzmán**

**Nota del archivista**

El presente documento forma parte de una peculiar colección que fue hallada bajo tierra, dentro de un búnker sellado en la región del intertrópico.

Al igual que el resto de los materiales del archivo, este texto ofrece un testimonio indirecto acerca de las diversas formas de vida que habitaron el planeta durante el periodo Cuaternario. Aunque se trata de un texto de ficción, la evidencia fósil encontrada en los últimos años sugiere que dichas formas de vida fueron reales.

El documento original se reproduce aquí, con la adición de breves notas que facilitarán la comprensión del gran público.

*A Santiago, mi Gran Maúllo:*

*de muchas formas, este libro no habría ocurrido sin ti.*

*En la lengua japonesa, un mismo kanji (後) significa “detrás” y “después”. Esto devela una concepción del tiempo distinta de la occidental. En nuestra visión, avanzamos de cara al futuro, con la cabeza alta, dejando el pasado detrás de nosotros; pero, para los orientales, el pasado es lo que tenemos delante, pues es lo único que conocemos. El futuro, en cambio, está detrás. No se vislumbra ni se adivina. Nuestra única opción, por tanto, es avanzar de espaldas a él: movernos ciegamente hacia lo desconocido.*

*-Matthew B. Collins (Gran Enciclopedia del Mundo Oriental)*

**Prometeo con carita feliz ツ**

—Soy un tlacuache y tengo la culpa de tu extinción, Armando.

Con su trompa respingada, su cuerpo peludo y sus orejitas redondas de tlacuache, Tsu me dijo dos cosas serias en toda su vida:

—Nos van a borrar, Armando.

Y esa otra: que él tenía la culpa de mi extinción.

—Armando, me siento terrible. ¿Sabes que los tlacuaches robamos el fuego para los humanos?

Tsu se acostó en un nicho de tierra y cruzó sus patitas delanteras sobre el pecho, como si el nicho fuera un diván y yo, su jaguar de cabecera, fuera su psiquiatra.

—Yo tampoco lo sabía, porque obviamente soy un tlacuache colonizado —dijo, con los ojos perdidos en el cielo—. Pero eso es lo que dicen los mitos de esta tierra. Coras, nahuas, tzotziles: la verdad está en todas partes. Fuimos nosotros. Fui *yo*.

No supe si bromeaba. Como muchas veces, no sabía qué decirle a Tsu ante sus verborreas informativas de tlacuache ilustrado. “Soy un tlacuache ilustrado”, solía decirme. Yo me limitaba a escucharlo a medias porque, con la otra mitad de mi cerebro, siempre le pedía paz: le rogaba al cielo que, si Tsu era la compañía a la que había sido condenado, al menos pudiéramos caminar en silencio por la selva cada vez más desertificada.

—Prometeo recibió castigo ejemplar por hacer lo mismo —divagaba Tsu—. Puede que un poco desproporcionado, pero ya sabes: los griegos y sus castigos. Aunque es muy típico de humanos creer que a los dioses se les pasó la manita con eso de que le devoraran las tripas cada noche. Pero, ¿Armando?

Tsu me volteaba a ver con sus ojos llameantes. Ya sabía que no siempre le hacía caso. Era su forma de llamar mi atención.

—¿Hmm? —Levanté la cabeza para que supiera que lo escuchaba.

—Es que, piénsalo —apeló—. A lo mejor, *los dioses sabían*. Ellos sabían en qué acababa todo*.* O sea, es que no era fuego nada más para calentar su sopita y hacer carnes asadas.

»El fuego es la industria. El humo que ahoga al planeta. El fuego es la poquita selva que nos queda, Armando. El fuego son los hijos jaguares que no tendrás—. Los ojos de Tsu suplicaban. Se apretaba el pecho con sus deditos largos—. Yo robé el fuego para que los humanos te mataran de sed.»

—Tsu… —No sabía qué decirle.

—He leído que el humano tiene una tecnología muy avanzada, pero psíquicamente es un puberto. Un adolescente que no sabe manejar, pero tiene un Ferrari. ¿Por qué? —Se cubrió la cara con las manos—. Porque un tlacuache se robó las llaves y le dijo: “Toma, primate altanero, tú conduce”.

»¡Qué gran falta de juicio, Armando! El castigo de Prometeo era justo. Los tlacuaches deberíamos ser castigados también.»

Tsu se dio la vuelta en su hoyo de tierra y yació en posición fetal, de espaldas a mí.

—No arreglaríamos nada, pero yo me sentiría mejor.

—Tsu, el castigo debería ser para los humanos —intervine, pero me ignoró.

—En cambio, ¿sabes? —me dijo—. En los mitos de acá se cuenta que los tlacuaches engañamos al viejo guardián del fuego. Mientras dormía, nos prendimos la cola y bajamos con el fuego para los humanos. Pero la única consecuencia fue que nos quedó la cola pelada. Fuera de eso, nos ponen ofrendas. Se nos concede el marsupio. Los wixaritariprohíben comer nuestra carne porque somos sagrados… Sagrados —resopló—. ¡Somos una especie maldita, Armando!

En los días subsiguientes, Tsu lo dijo sin cansarse: “Armando, eres de los últimos jaguares y es mi culpa”. Fuera de esa reiteración, Tsu caminaba conmigo en silencio por las tierras secas.

Debíamos ser una imagen extraña del fin. Siempre me lo había parecido: un jaguar y un tlacuache —otrora presa y depredador— que caminan juntos por los bordes de una selva que se encoge, en busca de agua y de la cada vez más escasa comida.

No supe darme cuenta cada vez que le pedía al cielo que Tsu se callara y me dejara pensar, porque claro, yo era un jaguar importante, tenía que pensar. Pero ¿pensar en qué? El cielo estaba teñido de humo. Las extensiones verdes cedían al color de la arena. Yo me sabía solo, sin hembras y lejos de la perduración. Un jaguar que no puede dejar un legado tampoco tiene nada en qué pensar.

En cambio, Tsu sabía que él iba a sobrevivir. La fauna pequeña sobrevive: se adapta, repta por la ciudad y aprende a rapiñar de los humanos. Tsu y los suyos lo han hecho siempre.

Él iba a sobrevivir y de todos modos ambuló conmigo por mi mundo muerto. No me di cuenta, pero tanto gris, tanto desierto sobre el que caminábamos sólo era soportable porque me enojaba con Tsu.

—Cállate. Eres irritante —le dije muchas veces.

—Y tú eres un *tsundere* —me decía él—. Esto es cultura otaku, así que ilústrate. Un *tsundere* es un personaje que se hace el insensible. “Ay, no me toquen, no me toquen. Yo no tengo sentimientos”. Pero, en el fondo, eres un sentimental. Siempre te lo he dicho, Armando: eres un oficinista melancólico atrapado en la fachada de un Bruce Wayne felino.

Sí, siempre me lo había dicho.

—¿Armando? ¿En serio te haces llamar a ti mismo Armando? —se burló de mí la primera vez que le dije mi nombre—. Mira, Armando. Lo de los nombres de por sí es una ñoñada. Muy típico de humanos eso de necesitar un nombre. Pero, ¿encima “Armando”? Es un nombre ñoñísimo, como de oficinista derrotado.

En ese entonces, Tsu agitaba sus dedos largos delante de mí, con desenfado. No creí que su energía tuviera límites.

—Si fueras humano, tú serías un señorón. Un macho alfa. Un Bruce Wayne de aire felino. Las humanas contigo… pufff. —Sonreía con picardía y ardor, como si su lengua se quemara—. Pero en el fondo eres eso: un oficinista melancólico.

Extrañaba a Tsu diciendo cosas así. Como no tenía nada en qué pensar, repasaba nuestras conversaciones desde el día uno, cuando estuve a punto de cazarlo y él se hizo el muerto sobre la hierba.

—Hacerse el muerto es el truco más viejo de un tlacuache —le espeté al verlo inmóvil, de espaldas sobre su pelaje gris—. ¿En serio crees que me la creo?

—Bueno, ¿y qué tal mi nuevo truco? —Tsu alzó su dedo índice como si alzara una antorcha, aunque el resto de su cuerpo aún aparentaba la muerte—. Mira, esta es una oportunidad única en tu vida, jaguar. Puedes comerme hoy y tener carne sólo para hoy… O puedo convertirme en…, por así decirlo, en tu vasallo.

Se puso en pie de un golpe. Su cola se agitó.

—Soy un ladrón experto y me desenvuelvo muy bien en la ciudad. En los supermercados. ¿Qué te parece si me perdonas la vida y yo te traigo bisteces frescos del súper con regularidad? Piénsalo, eh. —Tsu seguía blandiendo su dedo índice, como el animal sabio que en realidad sí era—. Apelo aquí a tu condición de *apex predator* porque, ¿sabes qué diferencia, a nivel neurológico, a un depredador de una presa?

Gruñí. El tlacuache me irritaba, pero era demasiado… inteligente, demasiado hablador como para que me lo pudiera comer.

—El depredador puede hacer planes a futuro. La presa sólo está ahí, vegetando. ¿Las amigas vacas? Viven en la luna. Pero tú no, jaguar. Tú sabes lo que te conviene.

Y era verdad. Si me hubiera comido a Tsu, me habría saciado una vez, pero a estas alturas tal vez ya no quedaría ni siquiera yo. Mis presas se mueren o se van porque el desierto las ahuyenta, pero Tsu me ha mantenido vivo y sano. E incluso me ha mantenido informado y me ha contado cuentos, historias de otros mundos y de otros animales que sobreviven o que pierden todo lo que aman, porque: “¿Sabes por qué sé tantas cosas? Soy un tlacuache de biblioteca: entro a las bibliotecas por las noches y robo el conocimiento de la humanidad. Yo soy un tlacuache ilustrado”.

Pero ese Tsu que me contaba historias se había ido. Tsu era un desierto también y caminaba a mi lado con los ojos asolados de fuego. Después de enterarse de su hurto cósmico, ya sólo soltaba uno que otro comentario: “¿Sabes a qué temperatura se muere el coral?” “¿Sabes cuánto bosque queda?” “Todo mi culpa, Armando… Todo mi culpa”.

Yo le insistía en que no era su culpa: que los mitos son sólo mitos. Que, en todo caso, el tlacuache que robó el fuego había sido un tlacuache muy muy anterior. No él en persona.

Pero era muy de Tsu creer que el tlacuache de los mitos era todos los tlacuaches. Tsu era escéptico respecto a la identidad personal. “Es muy típica de humanos. Y, al parecer, supongo, de felinos”. Él era tlacuache antes que ser Tsu. Dejar que lo llamase Tsu era casi una deferencia a nuestra relación de vasallaje. No. Una deferencia a nuestra amistad.

Cuando le pregunté cuál era su nombre, casi se ofendió.

—Yo no tengo eso, Armando —me dijo, cruzado de brazos.

—Si vas a estar demabulando conmigo por todas partes, de alguna forma te tengo que nombrar. El fin del mundo no se atraviesa sin nombres —le espeté—. Así que no rezongues y escoge uno.

Tsu se paró indignado sobre la tierra y, con una rama seca, dibujó una carita feliz: ツ

—Llámame así —dijo.

—¿Quieres que te llame “Emoji”? —resoplé.

—No —dijo, serio—. Es un katakana japonés, es decir, un símbolo de uno de sus silabarios. Se lee “Tsu”, me parece. Puedes llamarme así, si te complace. Aunque, cuando te acuerdes de mí, de lo que me gustaría que te acordaras es de la carita.

Y yo le decía “Tsu”, pero sí me acordaba de la carita. ツ: la sonrisa pícara, petulante. La noción de ser el ladrón más hábil de América. La conciencia de ser el vasallo, pero, ¿en realidad quién era el vasallo? Yo dependía de él. Yo era el vasallo de su alegría y de sus datos aleatorios. Tsu alegraba mis últimos días, que son todos, porque cargo los últimos días de mi especie. Y no supe darme cuenta.

Después de lo del robo cósmico, ya no sabía cómo hacer que Tsu volviera a ser ese ツ dibujado en la tierra y no sólo mi fonética vacía.

Un día, volvió de sus excursiones silenciosas a la ciudad y me dijo algo que lo empeoró todo:

—Nos van a borrar, Armando.

Tsu lo había visto en las bibliotecas, pero también estaba pasando en los acervos digitales: en todos los repositorios de conocimiento.

Antes, cuando había un poco más de verde y yo todavía me encontraba por ahí a algunos de los míos, solíamos hablar de que, si los humanos no ponían de su parte, pronto sus científicos no se darían abasto con los obituarios:

“Último rinoceronte negro”. “Lobo mexicano desaparece”. “León africano: extinto”. “Extinto. Extinto. Extinto”.

Pero *extinto* es una palabra fuerte para los humanos. Supongo que ellos también preferirían no tener que mencionarla. Así que eso es lo que hacen, no la mencionan.

“Nada en la tierra se puede extinguir si *nunca hubo nada*, ¿no?”. “En este planeta estéril nunca ha habido otra cosa que desierto”, dirá su nueva versión de la historia. “Nunca ha habido otra cosa que fábricas y combustión y nubes de humo. Nunca ha habido jaguares. ¿Qué son los jaguares? Nosotros, los humanos, estamos solos”.

Tsu me dijo que los humanos reescriben su soledad. Se están reinventando como los únicos en el planeta.

Por eso, cuando una especie se extingue, no escriben obituarios. Borran los registros históricos, queman nuestros nombres en el fuego. Hacen un voto de silencio y los presidentes decretan olvido nacional. Tsu dice que no es olvido para nosotros. Es olvido para ellos, porque son ellos quienes no soportan la vergüenza.

—Son criaturas sensibles, en el fondo —me dijo—. No soportan sus crímenes. Los entiendo. Yo tampoco soporto los míos.

Con esas palabras, Tsu se me terminó de apagar porque ya sabía que su robo, su fuego, no sólo me había borrado en cuerpo. Ahora también borraría cualquier noción de nuestra existencia.

—Yo sí te voy a recordar, Armando —dijo—. Mis hijos sabrán que me perdonaste la vida y te deben todo. Aunque, ¿sabes?, los animales no somos buenos para recordar a lo largo del tiempo. Nosotros no escribimos mitos.

Después de eso, Tsu ya no caminó conmigo. Se acurrucó sobre un montoncito de hierba marchita y pensé que yo, que era el condenado, tendría que verlo morir a él. Y después moriría yo, solo, porque los jaguares no tenemos esperanza.

—Tsu… ¿Cómo arreglamos esto, Tsu? —musité mientras vagaba solo por el borde del desierto.

A los pocos días, encontré el búnker. Un agujero de metal, de origen humano, que esos criminales habían ocultado entre la vegetación tupida, pero ya no debía servir como un gran escondite.

Volví al montoncito de hierba en el que se había quedado el tlacuache y le ordené:

—Tsu, levántate ahora mismo. Voy a llevarte a ver algo.

—Déjame morir, Armando—. Tsu entreabrió los ojos—. Nuestro vasallaje terminó. Puedes comerme, si quieres. Debes estar hambriento.

—No te permito que me insultes así, yo no me como a mis amigos —rugí—. Y te estoy diciendo que te levantes. Ladrón del fuego: tienes una misión.

—No cumplo más misiones.

—Pues entonces es tu castigo. ¿No dijiste que debían castigar a los tlacuaches? Anda, levántate, que dejar que te mueras es ponértela muy fácil.

De mala gana y débil, Tsu me siguió por la selva mermada. Entonces lo conduje hasta el borde de ese agujero de metal, que era perfecto para los fines que se me habían ocurrido. Contemplamos el borde, juntos. Tsu no entendía nada.

—Tsu, tú robaste el conocimiento para los humanos. Ahora robarás el conocimiento delos humanos. Y aquí, Tsu: justo aquí vamos a guardarlo.

Yo no tendría hijos y el linaje de Tsu no tendría una memoria tan larga. Pero, sellada dentro del metal, preservaríamos nuestra memoria a través del tiempo. No quería que preserváramos el crimen ni a los culpables. Los humanos son criaturas que no entienden y está bien. No los odio. Sólo quiero desafiar su olvido. Quiero que, si las circunstancias cambian y la supervivencia se vuelve difícil para él, alguien recuerde también a Tsu.

Quiero que lo recuerden como el gran ladrón. No el ladrón del fuego. No el que bajó la industria y los incendios y la manía de combustionarlo todo para la humanidad. Quiero que lo recuerden como el ladrón que se colaba en las bibliotecas, el que asaltaba los carritos en los que transportaban libros etiquetados para desaparición; el que jaló con sus dedos rosados pilas de libros: tratados de biología, libros infantiles en los que aparecíamos dibujados, los libros de cuentos sobre animales que tantas veces me contó y también esos compendios de mitología mesoamericana en los que se consumaba Tsu como el antiguo ladrón del fuego.

Tsu se robó todos los libros que nos mencionaban. Construyó para nosotros, dentro del búnker, el templo que salvó nuestros nombres del olvido.

Si hemos de desaparecer, está bien. Ya no existiremos. Pero existiremos aquí, en el papel. Existiremos en los mitos que alguien desenterrará, dentro de un largo futuro. Seremos reales para quien encuentre nuestras historias.

Después de sellar la tapa del búnker, cubrimos el espacio con tierra. Y, sobre el montículo, Tsu la dibujó como aquel día, con una rama seca: ツ

Mientras yo viva, mientras al jaguar le queden horas en la tierra, no voy a dejar que se borre la carita del Prometeo animal sobre el desierto.

**Nota del archivista**

La evidencia sugiere que el tlacuache habría sido un marsupial de tamaño mediano, con nariz respingada, cola sin pelo y dedos largos. La literatura del Cuaternario hallada en el búnker lo asocia con el robo, la actitud picaresca, el hastío existencial y con un extraño amor por la basura.

En lo que concierne al jaguar*,* parece haber sido una especie de gran tamaño perteneciente a la extinta familia de los félidos: mamíferos sigilosos, de ojos inquietantes, asociados con la divinidad y la independencia. No se sabe mucho sobre los jaguares, pero, en las postrimerías del Cuaternario, existió todo un género de entretenimiento visual basado en fotografías humorísticas de félidos de menor tamaño (popularmente conocido como el género de los “memes de gatitos”).

**La extinción de las bestias es un acto de amor**

—¿Amas a Dios, Sara?

—Intensamente. —Esa es mi respuesta natural. Ni siquiera tengo que pensarlo.

—¿Sin reservas?

—Sin reservas y sin límites, mentora. Mi cuerpo y mi alma son Suyos por entero. Él lo sabe.

Ardo de emoción. Decir esas palabras hace que mi sentimiento y mi entrega sean vivos a través de mi boca. Sin embargo, mi mentora no se conmueve.

Sus labios finos permanecen tiesos. Unas tensas arrugas se le dibujan en la frente, de por sí estirada por el vigor con el que un chongo alto recoge todo su cabello. Inclina la cabeza y la apoya sobre su mano izquierda.

—Entonces, ¿por qué no me dices con quién te estás viendo, Sara? —me interroga. La sobriedad, la omnipresencia de todo su uniforme gris me sobrecoge—. ¿Quién es esa chica morena que está siempre contigo?

—Mentora… —Por un instante, bajo los ojos y veo mis piernas bien cerraditas que descansan sobre la silla, cubiertas por la falda color crema del uniforme—. No sé a qué se refiere con “verme con alguien”. —Soy sincera—. Alexa y yo sólo tenemos una amistad intensa. Estamos unidas entre nosotras y esa unión refuerza nuestros vínculos con Dios. Nuestra amistad nos alimenta, nos fortalece en los días difíciles de servicio a nuestra Obra.

—Y esa amistad intensa… —La mentora me examina brevemente desde la silla del despacho— ¿incluye besos, Sara?

No logro eludir la mirada de mi mentora. Me enrojezco más de lo que soy capaz de controlarme. Pero ella sacude la cabeza y junta las manos sobre el escritorio. Su mirada no es complaciente, pero tampoco son los ojos más duros que le conozco.

—Sara, está bien. No tiene nada de malo —asegura—. Todas aquí hemos tenido “amistades intensas” con alguna hermana. No lo hacemos por placer. Ni por desobediencia. Sólo son… roces naturales de la vida comunitaria.

Esboza casi una sonrisa suave.

—No tiene nada de malo —reitera—. Pero de todos modos, Sara, voy a pedirte que cortes todos tus vínculos con Alexa.

—Por… ¿por qué?

Mi voz tiembla. Sé que mis ojos esbozan una súplica sincera, pero la mentora se pone de pie y cruza sus manos detrás de su saco gris. Me da la espalda.

—¿A acaso no puedes hacerlo por Dios, Sara? Eso es lo que implica el amor sin reservas.

Yo… yo sé que eso es el amor sin reservas. Sé que me debo a Dios antes que a nadie. Pero, ¿por qué?

No digo nada, sin embargo. Sólo asiento, con lentitud, mientras la mentora no puede verme.

—Sara, allá afuera, en el mundo, hay mucha necesidad de vida. —La mentora se pasea por el despacho, las manos aún detrás de la espalda—. A cada minuto, el silencio avanza. La muerte avanza. Los hombres y mujeres civiles que se unen en Santo Matrimonio allá afuera no consiguen contener a la muerte: a su silencio y a su vacío, tú lo sabes.

»Allá afuera, la tierra requiere de nosotras. Requiere de ti, Sara. Requiere de tu vientre fértil, necesita… ¡La tierra está urgida de que túproduzcas vida! Dios y la desolada tierra exigen tu multiplicación. Pero tu vientre permanece vacío y estéril, Sara.

Asiento y reconozco mi imperfección. Bajo la cabeza y cierro los ojos para recibir con más humildad el sermón de mi mentora.

—Hace casi dos años que lo intentas y no has conseguido multiplicar la vida, Sara. Otras compañeras de tu edad ya lo han logrado. Ya han tenido su primer parto. Muchas ya esperan el segundo. Pero, ¿tú, Sara? ¿Qué hay contigo?

Siento muy cerca la presencia de mi mentora. Abro los ojos y la descubro a mi lado, en cuclillas, mirándome con una expresión fervorosa e implorante.

—¿Qué pecado albergas tú que Dios te considera indigna de multiplicarte?

—No lo sé, mentora —y de verdad lamento no cumplir lo que el Señor me exige.

—Yo tampoco. —Se pone de pie, junta las manos y hace una respiración profunda mientras mira hacia lo alto para invocar la sabiduría de nuestro Señor—. Yo tampoco, pero soy tu mentora, Sara. Mi trabajo es ayudarte.

»Y ya te he ayudado de todas las formas que he podido. Hemos practicado tu respiración. Hemos practicado tus consignas. Te he aconsejado todo lo que puedo aconsejarte para que permanezcas en total entrega durante el Acto Multiplicatorio. Y no funciona, Sara.»

La mentora me mira con ojos sufrientes. Sé que también a ella la hiero con mi fracaso.

—Lo único que se me ocurre es que te prepares y le ofrezcas a Dios una renuncia. Ofrécele un acto de amor desesperado. Demuéstrale que Él para ti lo es todo y que te puedes desprender hasta de lo más preciado en Su nombre. Quizá eso purifique tu corazón de algún pecado que ni tú ni yo estamos viendo. Y Dios te considerará digna. —Ahora sí, los ojos de mi mentora son severos—. Por eso te hablaba de Alexa.

Mi mentora debe ver que mi expresión no refleja convencimiento, pues reitera:

—¿Qué es, Sara, tu amistad con Alexa, frente a la posibilidad de servir al Señor, a tu entrega para detener el silencio y la muerte? ¿Qué es Alexa frente a todas las vidas que tu vientre está ansioso por ofrecer y multiplicar?

—Mi vientre está ansioso, es verdad, mentora —murmuro, con la cabeza baja y las manos entrelazadas sobre la tela dulce de mi falda.

Mi vientre está ansioso. Siento su hambre y su ardor debajo de mi piel imperfecta. Nada deseo más que ser útil y darle vidas a mi Señor. Repoblar la tierra. Avanzar la vida como el pasto por todos los confines de este planeta gris, para que en todos lados se escuche nuestra risa y nuestras alabanzas.

Nada deseo más que la misión para la cual he sido llamada. Nada deseo más, pero Alexa…

—Renuncia a Alexa, Sara. Hazlo en nombre del Señor —dice mi mentora.

Alexa…

Mi memoria siempre estará iluminada por la primera vez que la vi. Su piel oscura que acentúa todavía más lo pulcro y reluciente de nuestros uniformes. Preciosa con su cola de caballo negra, larguísima. Su mentón fino. Sus ojos ligeramente rasgados.

La gracia con la que se movía aquella mañana, en la oración en comunidad del amanecer… La gracia con la que alzaba su pecho y sus manos para cantar a Dios desde el coro. Era la primera vez que veía a esa hermana, pero una sola vez me bastó para saber que su gracia no podía ser otra que la gracia divina.

No estoy diciendo que yo haya sentido por ella *algo*, una inclinación basada en su belleza física o en el pecado de la carne. Sólo la vi y tuve mucha curiosidad por escuchar su nombre, por saber qué le gustaba hacer y pensar: por hablarle.

Sólo tuve muchas ganas de ser su amiga.

Además, sus ojos tenían esa luz indómita que sólo tienen las hermanas que son reclutadas en sus años tardíos.

Yo sé que no tengo esa luz. Fui reclutada a los trece años. Cuando sucedió, no quería que me reclutaran para la Obra. Pero mi visión era nublada e imperfecta. Mis propias faltas me impedían ver que el Señor me llamaba a un camino limpio, lleno de amor, a Su lado. Yo, con mi corazón sucio, jamás habría podido concebir para mí algo tan perfecto.

No tengo la luz de Alexa, pero tengo otra que también es muy fuerte, pues al haber sido reclutada tan joven, no conozco otra cosa que la obediencia al Señor.

En cambio ellas, las hermanas que son reclutadas más tarde, muchas veces porque ya han pecado y han buscado el placer y han inflamado sus vientres fuera de la bendición del Santo Matrimonio… Ellas sí conocen otra cosa.

Algo en ellas me fascina porque su obediencia no es natural, es aprendida. La libertad, cierta ansia salvaje, cierto impulso de entregarse a la muerte y al placer pervive siempre en sus ojos. Pero, aunque ese atisbo no se va, ellas eligen a Dios, todos los días. Eso es algo que admiro.

Quería preguntarle a Alexa, aunque todavía no sabía su nombre, ¿qué se siente, cómo es crecer en el mundo de afuera?

Varios días la estuve buscando en el comedor comunitario. Su Collar de la Confianza estaba teñido de rojo. Ese era el signo de que ella ya esperaba una vida, aunque su vientre, su figura suave, apenas y lo delatara. Eso, más el hecho de que nunca la hubiera visto antes, confirmaba mi suposición de que había sido reclutada de forma tardía, quizá precisamente porque la vida que llevaba en su vientre había sido concebida en un acto pecaminoso de la carne. Dios la había llamado a Su Obra, pues, para purificarla.

Aquella debía ser su primera multiplicación. Y, mientras que las hermanas que ya son fructíferas se sientan en el comedor siempre con sus niños, las que aún no damos vida compartimos los alimentos juntas, sabiendo que no los compartiremos para siempre pues, un día, también nosotras nos rodearemos de la risa y la alegría con la que Dios nos bendecirá a través de nuestros vientres dispuestos.

Así pues, busqué a Alexa con afán entre las hermanas aún sin frutos.

La descubrí tomando sus alimentos en una mesa apartada. Me sorprendió que una chica que alumbraba como la vida misma, que era capaz ella sola de infundirnos a todas de amor por la dulzura con la que cantaba en el coro, no estuviera en el centro, charlando como el alma de su mesa.

Por el contrario, se alimentaba en silencio, con gestos suaves. Tenía a un lado de su plato una pequeña libreta en la que, después de cada bocado, se ponía a anotar cosas.

No le pedí permiso. Sólo me senté frente a ella, en la misma mesa. Ella alzó su mirada hacia mí por un instante y me sonrió.

Después de un rato en que las dos comimos en silencio, yo —quizá torpe, quizá con impertinencia— le pregunté qué era lo que anotaba en su libreta.

—Estoy escribiendo una canción para Dios —me dijo, con una voz prístina y sincera—. Una canción sobre cómo Dios nos ama por medio del océano.

Me emocioné. De inmediato le dije que yo amaba el océano, aunque no lo conocía. En mi corazón, desde siempre había sentido un llamado hacia esas aguas grises e inmensas que nos envuelven por tres de los cuatro costados de la tierra. Quería lavar mi cuerpo frágil en una playa. A veces me soñaba a mí misma así. A veces me soñaba en la playa del Pacífico en la que Santa Rebeca de Monraz, nuestra fundadora, descubrió que nuestro mundo de pecado estaba encaminado hacia la muerte y la extinción porque todos le daban la espalda a la vida. Entonces sintió la voz de Dios en su alma, lo dejó todo y se puso a multiplicar la vida con intensidad, ofrendando su vientre fértil para frenar el avance del silencio y de la muerte, sentando el ejemplo para nosotras, las herederas de su Obra.

—Entiendo tu fascinación —me dijo Alexa, con un gesto de genuina empatía—. El mar es un acto de amor de Dios hacia nosotros.

—Tú… ¿conoces el mar? —le pregunté, ansiosa—. Es decir, perdón si te ofendo, pero da la impresión de que tú creciste en el mundo de afuera. Por eso pienso que quizá has visto el océano.

Alexa se rio.

—Sí, lo conozco —dijo—. Y puedo decirte que el mar es muy feo… —Se detuvo un instante y analizó mi rostro, como si se preguntara si ya nos conocíamos—. Perdón, creo que no te he preguntado tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Sara.

—Sara —me analizó—. No tienes cara de Sara. Tú lo que pareces es un conejito asustado. —Soltó una risilla—. Voy a llamarte Usagi, si no te molesta.

—¿Usagi?

—Significa “conejo”, en una lengua antigua. —Luego añadió, como para excusarse por poseer conocimiento potencialmente impropio en una de nosotras—. Lo leí en algún sitio, mucho antes de que me reclutaran.

—Usagi… —repetí con suavidad, acariciando el nombre, haciéndolo mío.

—Yo me llamo Alexa —se presentó.

Luego retomó el tema:

—Bueno, Usagi, el mar es terrible. Es espantoso. No creas que existen las playas o que hay arena dorada al sol, como describe Santa Rebeca en sus memorias. No —Negaba con la cabeza—. Es nada más una inundación gris y sin límites desde la que se asoman casas y torres muy altas. Escombro. Árboles muertos. Es triste ver el océano.

Asentí. Ya lo sabía. El mar que a mí me daba nostalgia era el mar de hacía más de cien años, de cuando había vivido Santa Rebeca.

—Pero, aun con todo lo terrible que es, yo creo que el mar es un acto de amor de Dios hacia nosotros —dijo Alexa.

»De eso se trata mi canción. Porque Dios subió los niveles del mar y lo inundó todo. Y extinguió a las bestias y destruyó los bosques y cambió los climas. Aniquiló muchas cosas que nos daban alegría y sustento. Eso hizo la vida más difícil para nosotros.»

La forma de hablar de Alexa era armoniosa y fascinante, como si ya estuviera cantando.

—Pero lo hizo por amor —continuó—. Lo hizo para probar nuestra fidelidad: para ver si seríamos capaces de seguir amando la vida y expandiéndola en un mundo más hostil, sin playas y sin hermosas bestias. Dios nos probó para ver qué tan persistentes somos con Su mandato, con ese mandato antiquísimo que incluso gente atrasada como los judíos y los cristianos reconocían: “Creced y multiplicaos”.

»Mucha gente no fue fiel y, por eso, sucumbió a la tentación del silencio y de la muerte. Prefirieron renunciar a la vida y dejar de multiplicarse. Ya no trajeron más niños al mundo porque les parecía que el mundo se había vuelto un lugar demasiado terrible.

»Pero a quienes persistimos en la vida y en la multiplicación; a quienes le damos un “Sí” amoroso a Dios, Dios nos ha recompensado. Dios nos enseña con su amor que, aun en un mundo sin playas y sin bestias y con tanto desierto, todavía nos quedan muchas cosas hermosas para disfrutar. Todavía hay un gran consuelo para nuestra especie desdichada. Porque no pasa un día sin que veamos algo bello, ¿no te parece, Usagi?»

Asentí levemente, pero de inmediato le hice una pregunta confirmatoria:

—Entonces, ¿tú crees que Dios nos prueba por amor?

—Sí, para después mostrarnos algo hermoso sobre la vida.

En ese tiempo, Dios me estaba sometiendo a mí a una dura prueba.

En abril del Año 174 de la Restauración, yo cumplí dieciocho años. Y con ello vino mi debut, la consumación para la que largamente me había preparado.

En abril del Año 174, en mi día más fértil del mes, me presenté para mi primer Acto Multiplicatorio.

Lo que tenía que hacer era muy sencillo: cubrir todo mi cuerpo con la inmaculada Túnica de la Pureza y tenderme ahí, sobre el lecho. Luego debía respirar, repetir mentalmente mis consignas para ayudarme a no sentir placer, a no moverme, a no molestar al oficial asignado mientras hacía su trabajo de intermediario.

A través del cuerpo del oficial que me sería asignado para ese día, yo recibiría una vida directa de Dios.

Era así. Un procedimiento muy limpio y sencillo. Pero cometí una estupidez.

Me dejé llevar por habladurías, por cosas conspicuas que decían mis hermanas. Otras primerizas, como yo.

Mis hermanas hablaban no del placer de la carne, sino del amor. ¿Qué se sentiría ser amadas? Un beso en la mejilla. Una mano que te recorre toda la espalda. Una caricia en el vientre. Es verdad que el amor de Dios nos inunda y nos hace explotar. Yo siento a Dios en mí. Nunca lo dudo. Pero Dios nunca ha venido hasta mí a acariciarme la mejilla con ternura.

Esa habladuría ya estaba dentro de mí. Pero, cuando vi entrar al oficial a la habitación en la que consumaríamos el Acto Multiplicatorio…

El oficial era bien parecido. Era muy joven, muy pulcro; tenía una barbilla bien afeitada y el cabello liso y oscuro le caía con descuido sobre unas facciones dulces y también terribles. Era así. No era un señor calvo, en mala forma y con mal aliento, como a algunas hermanas les tocaba desde su primer Acto. Como (de sobra estamos preparadas) a cualquiera de nosotras, en cualquier momento, puede tocarnos que nos asignen.

Entonces yo… Aunque ardía de timidez, aunque lo sabía incorrecto, reuní un valor que me era desconocido y le dije:

—Señor, si de todas formas Dios nos pide que cumplamos con el Acto… ¿Sería mucho pedirle a usted… que me diera un beso?

Ya sabía que obraba mal y que ofendería a Dios con mi atrevimiento. Pero —pensé entonces— si muchas de mis hermanas son reclutadas a la Obra de Santa Rebeca precisamente por haber incurrido en el pecado de la carne y, a través de la obediencia, de la oración y del trabajo, consiguen purificarse; yo, que tenía que pasar por la misma obediencia, por la misma oración y por el mismo trabajo, ¿acaso no podría purificarme por haber cometido una humildísima fracción del pecado que ellas expiaban?

Estaba dispuesta a ofrecer más oración y más trabajo. Estaba dispuesta a expiar mi falta, tanto como fuese necesario. Lo que no esperé fue que Dios me la haría expiar ahí mismo.

El oficial pareció acceder a mi petición por un instante. Incluso acarició mi mejilla con suavidad.

Pero, segundos más tarde, el hombre se tornó violento. No quiero hablar de lo que me hizo. No quiero hablar, pero todavía lo recuerdo…

Es incluso vano decir “todavía lo recuerdo”, porque siempre lo voy a recordar. A veces, en el silencio que precede al sueño, escucho su timbre de voz clarísimo, en un volumen que casi me hace pensar que está a un lado de mi cama, que pronto caerá de nuevo su peso, su brutalidad sobre mí.

“¿Te parece que yo soy uno de esos, jovencita? ¿Te parece que yo me presto a la suciedad?”, clama, mientras me encojo y él me… hiere de muchas formas.

Mi carne, mi carne de verdad arde, de verdad se lastima sólo con recordar.

El hombre me levantó la Túnica y no hizo el Acto Multiplicatorio como debía ser. En lugar de penetrarme de forma pasiva y sin adornos, como el trámite al que estaba obligado en tanto intermediario del Señor, el hombre fue…

Fue muy duro, yo… No voy a describir lo mucho que me dolía. Lo mucho que sentí que mi carne iba a partirse, con un dolor seco y apretado; lo mucho que sentí que el roce me haría ceder y yo me desharía por dentro y… No voy a describir lo mucho que sentí que Dios me abandonaba.

Semanas después, me atreví a hablarlo con mi mentora. No confesé mi falta. Soy culpable de esa omisión. Pero, al menos en su aspecto principal, hablé con ella de mis aflicciones.

En este mismo despacho y después, muchas otras veces que hablamos en los jardines, mi mentora me dijo:

—Sara, sé que sufriste, pero lo que pasó fue tu culpa. Dime, ¿de quién es responsabilidad, en todo momento, que las normas del Acto Multiplicatorio se respeten?

—Nuestra —bajé la mirada—. Mía.

—Entonces, acepta tu culpa. Acepta tu responsabilidad y, aunque ahora te duela, dobla las rodillas y ruégale perdón a Dios por faltar el respeto a Sus normas. Eso te liberará del dolor —reiteró, con una mezcla de severidad y dulzura—. Te lo prometo, Sara.

Pero, aunque la mentora me lo repetía y yo me lo repetía también: “Fue mi culpa. *Fue tu culpa*. Yo lo permití. *Tú lo permitiste*. Yo lo incité. *Tú lo incitaste*. Yo le propuse hacer algo sucio e indigno con mi cuerpo”. Aunque lo intentaba y disponía un espacio para la oración y el arrepentimiento, no era capaz de arrodillarme ante Dios.

No pude suplicar su misericordia. No puedo. En todos estos años, esa es la única orden directa de mi mentora que he desobedecido.

No pude, pero en esos días arrodillarme no era lo único que me costaba. Me costaba levantarme, lavarme el cabello. Me costaba la oración del amanecer. Me agotaba muy rápido con mis labores habituales en la cocina: un servicio que antes siempre presté para todas con alegría. Me costaba dar las gracias: que todos mis actos fueran un acto de gratitud constante, gratitud a Dios, por Su amor, por mi vida, por mi reclutamiento.

Dios probaba mi corazón de forma dura y asfixiante.

Y entonces, un día conocí a Alexa. Y Alexa me dijo que Dios nos prueba para después enseñarnos algo más hermoso, para demostrarnos que la belleza y el amor nunca se agotan del mundo.

Empecé a tratar de verla más y más tiempo. La buscaba en el comedor. Tomaba pequeños descansos de mi labor en la cocina e iba a verla a los patios, donde ella, asignada a los lavaderos, tendía sábanas blancas y cantaba música suave. Después nos buscábamos ambas, en nuestra hora libre, tras la oración de la víspera. Seguíamos hablando en los dormitorios después de que se apagaban las luces, hasta que nos quedábamos dormidas, a veces abrazadas, en su cama o en la mía.

No sé. No me explico por qué nuestra amistad se volvió tan intensa.

Un día le pregunté qué se sentía realmente besar y cometer el pecado de la carne con un hombre.

Ella me dijo:

—¿Quieres ver, Usagi?

Y entonces besó mis labios y yo sentí bondad, sentí amor, sentí electricidad en el cuerpo. La extinción de las bestias es un acto de amor porque, aun a pesar de ella, Dios no deja de mostrarnos cosas hermosas todos los días.

El vientre de Alexa crecía y eso también era muy hermoso. Pronto vendría el parto, pronto podría yo también sostener a su bebé, que de seguro tendría la piel aceitunada y los ojos encendidos y preciosos de Alexa.

Podría sostener a su bebé en ausencia del mío, porque mi vientre vacío ansía y pesa.

Le hablaba a Alexa de mis esfuerzos con la mentora, de mi preocupación por mi vientre que no multiplica la vida.

—Ay, Usagi, yo envidio tu vientre —me dijo un día, mientras me acariciaba el cabello—. Quisiera no haberme inflamado con una sola vez que pequé y permití que un hombre me tocara.

—¿Estás diciendo que preferirías que tu pecado no hubiese sido descubierto y no haber sido reclutada y nunca venir aquí, conmigo?

—No, Usagi —Alexa parecía triste—. Lo que digo es que a veces pienso en un tiempo completamente paralelo. Uno en el que Dios nunca extinguió a las bestias ni aniquiló las playas. Dios nunca nos puso a prueba, pero de todos modos tú y yo nos encontramos, libres. Libres porque no existe la Obra, allá afuera.

—En un mundo así, nunca nos encontraríamos, Alexa. Nunca nos encontraríamos porque Dios nos amaría menos.

—Sí, Usagi. Dios nos amaría menos.

Después, le dije que no debía envidiar mi vientre. Pues, en el fondo, yo conocía la razón de que no pudiera multiplicarme.

Le conté todo. Le dije lo que me había pasado con aquel oficial y cómo, desde entonces, nunca puedo relajarme en el Acto Multiplicatorio. Debo permanecer ahí, pasiva, en entrega total, con mi respiración y mis consignas. He repasado el procedimiento una y otra vez con mi mentora. Pero, en el momento justo, todo se vuelve sudor y temblores. Siento un dolor terrible. Me lo aguanto, pero sé que el dolor significa que mi cuerpo rechaza lo que me ocurre.

Mi cuerpo rechaza la multiplicación de Dios y, en lugar de repetir mis consignas: “Te entrego mi cuerpo, Señor, puesto que es Tuyo”. “Dios, te entrego mi cuerpo para el milagro de la vida”. “Obra la multiplicación en esta humilde sierva, Señor”… En lugar de repetir eso, termino pensando: “Por favor, Señor, no me tortures”. “Señor, te lo suplico. Termina ya”.

O peor aún: “Señor, por favor, por favor. Te lo suplico. Haz que el oficial no pueda tener una erección. Líbrame de esto, Señor”.

Eso me avergüenza. Jamás se lo cuento a mi mentora.

También le dije a Alexa que era mi culpa. Por no pedir perdón, por no ser capaz de doblar las rodillas y admitir mi indignidad frente a mi Señor, como me dijo la mentora.

—¿Tu culpa, Usagi? Eso no es tu culpa, Sara —me dijo, abrazándome, acariciando mis mejillas—. Aquel hombre no actuó como un hombre de Dios.

»Quizá tú eres culpable de pedirle un beso. Deberías pedir perdón a Dios por ese acto, pero eso fue todo lo que hiciste mal. El resto lo hizo él, porque quiso, porque no fue un hombre bueno. ¿Me escuchas? Tú no tienes la culpa de nada, Usagi.»

Ese mismo día me puse de rodillas y le rogué perdón a Dios por mi pequeña falta. Y después Alexa empezó a enseñarme… Mejores cosas que las que me ha enseñado mi mentora. Me enseñó cómo se toca un cuerpo con ternura, no por placer, sino por amor puro. Ella me enseñó, a través de ese amor, la entrega, la respiración, la ternura con la que hay que disponer nuestros cuerpos para Dios en el Acto Multiplicatorio.

Y yo… sólo sé que me siento muy amada. Amada por Alexa. Amada por Dios. Esta es la cosa hermosa que Dios quería enseñarme después de Su prueba. Las manos oscuras de Alexa. Su sonrisa brillante. La forma en que sus ojos se rasgan cuando se ríe.

Alexa llamándome “Usagi, Usagi, Usagi, mío”. “Sara, mi conejito blanco, mi conejito dulce. Ya nadie te lastimará. Mientras yo te cubra con mi amor, nadie podrá herirte. Tu piel será fuerte para resistir el Acto Multiplicatorio y a la vez suave para que te acaricie yo. Ningún hombre te herirá, ya no tengas miedo”.

Eso es lo que no puede comprender mi mentora: que Alexa es la consumación de Dios. Alexa es la prueba de que Dios no se equivoca. Dios no nos abandona, sólo nos prueba. Alexa es la prueba de que los caminos del Señor son perfectos.

Por eso no puedo renunciar. No es desobediencia ni falta de amor a Él, es porque si no, contravendría los designios de Dios, los caminos tan perfectos que Él mismo me ha trazado.

Entonces no sé por qué, no sé desde dónde lo hago, pero alzo la mirada y le digo a mi mentora:

—No, mentora. No puedo renunciar a Alexa porque eso sería contrario al amor de Dios. Sería contrario a lo que Él mismo ha elegido darme.

Y la mentora insiste, pero yo insisto también:

—Mentora, no. Los caminos de Dios son perfectos así. Lo siento en mi corazón y en mi alma.

—¿Vas a incurrir en la desobediencia, Sara? —me pregunta, de pie, desde toda la severidad de su uniforme gris.

—A usted, tal vez. Pero a Dios, nunca. Nunca desobedecería a Dios. Mi cuerpo es Suyo. Mi alma es Suya. Yo soy su sierva fiel.

La mentora suspira largamente, vuelve a sentarse y entonces me dice:

—Bueno, haz lo que quieras, Sara. Tienes razón. —Junta las manos—. Mis sugerencias no son órdenes directas de Dios. Y la obediencia se la debes a Él. No a mí, que soy una mujer mortal, tan imperfecta como tú misma. Pero lo que sí puedo hacer, como tu mentora, es ponerle un ultimátum al incumplimiento de tus obligaciones. El siguiente mes será tu última oportunidad para multiplicarte —sentencia, con dureza.

—Y, si no, ¿qué me harán?

—Nada, Sara. No te haremos nada. —La mentora me mira, casi con indiferencia—. Tú misma denunciarás tu falta. Denunciarás la falta de humildad que tuviste con respecto al asunto de tu primer Acto Multiplicatorio. No me mientas, Sara. Nunca suplicaste perdón a Dios, ¿me equivoco?

Asiento, humillada.

—Debes suplicarlo. Aún hay tiempo, Sara. Pero, en el caso hipotético de que no lo supliques y no consigas multiplicarte, te denunciarás por ello.

»También te denunciarás por tu terquedad. Por tu insistencia en poner tu amistad con una hermana por encima de tu obediencia a Dios. Denunciarás que todo eso te hace indigna de multiplicarte. Te denunciarás como indigna de Dios y tú misma te entregarás para ser procesada como desertora. Lo harás pues, desde el día que fuiste reclutada y tomaste el uniforme, esa es la obligación a la que estás comprometida.»

Es mi obligación. “Y, si un día, yo incurro en una grave falta, no soportaré mi desobediencia y yo misma me entregaré como desertora”. A eso me comprometí al tomar el uniforme.

Lo sé de sobra. También sé que la deserción es la mayor crueldad y la mayor deshonra para cualquier mujer, pero, sobre todo, para una de nosotras.

—Sí, mentora —le digo, no sé si por obediencia o quizá, más bien, por valentía.

Le digo eso pues, después de todo, el día de mi próximo Acto Multiplicatorio, mi conducta será ejemplar. Gracias a la protección de Alexa, permaneceré pasiva y entregada. Respiraré. Seré una sola con mis consignas.

El valor que me ha dado Alexa me salvará. Dios me salvará.

Sé que será así porque Dios me ha otorgado lo más valioso después de Su prueba. Y, ahora que se renueva en mí la fe y el amor, Dios me multiplicará.

Podré servirlo, avanzaré la vida sobre la tierra, podré combatir el silencio de la extinción y de la muerte, igual que mis compañeras.

Dios me multiplicará.

Yo confío.

**Nota del archivista**

El conejo parece haber sido un mamífero pequeño de orejas largas, pelaje abundante y cola esponjosa. Durante el Cuaternario, se le asoció con la ternura y la inocencia, pero también con la conducta sexual (los estudiosos aún no lo comprenden) y con la reproducción desenfrenada (irónico).

**También hay belleza en la finitud**

Calhoun Multimedia Educativa

Informe sobre el incidente del *tester* #165h

Con atención al honorable director corporativo

26 de septiembre del año 164 r.v.

Antecedentes:

En el mes de septiembre del año en curso, concluimos con el desarrollo del proyecto referido institucionalmente como *Universo 25*, un videojuego de simulación con elementos de *visual novel* y estrategia.

*Universo 25* recrea la experiencia de formar parte de un grupo de ratones antropomórficos con inteligencia y capacidad para el habla que, en su laboratorio científico, se dedican a investigar cultivando a una población de ratones no-antropomórficos, sin inteligencia sobresaliente ni capacidad para el habla.

El jugador, así pues, tiene la opción de elegir como personaje principal a uno de los dos siguientes ratones antropomórficos: el Doctor Mickey o la Doctora Minnie, que no deben ser confundidos con Mickey Mouse y Minnie Mouse, conocidos personajes de la franquicia creada por Walt Disney, pues los personajes de *Universo 25* son Mickey Calhoun y Minnie Calhoun, las mascotas de la casa (cuyos diseños están someramente basados en los personajes de W. D., pero con deformaciones y alteraciones clave, para evitar controversias en tema de derechos de autor).

Ya sea como Mickey o como Minnie, el objetivo del jugador consiste en conocer cuáles son los límites de una sociedad roedora. Para descubrir dichos límites —si los hubiere—, deberá cuidar a la población de ratas de laboratorio que se encuentra a su cargo y conducirla hacia la plenitud de su desarrollo poblacional y civilizatorio.

Comenzando con apenas cinco parejas de ratones y un amplísimo hábitat roedor en el laboratorio, Mickey o Minnie deberán incrementar la población y mantenerla en buen estado, mientras administran los alimentos, cuidan la salud de sus sujetos de estudio, hacen malabares con el presupuesto de su institución académica y se enfrentan a amenazas demográficas como epidemias, disputas violentas por el territorio o disfunciones de origen oscuro.

Para su labor científica, Mickey o Minnie cuentan con un equipo de prominentes ayudantes de investigación (todos ratones). Y para incrementar el interés del *gameplay*, una característica que se añadió en etapas tardías del desarrollo fue la posibilidad de establecer interacciones libres entre los miembros del laboratorio.

De este modo, el jugador tiene la posibilidad de comunicarse con una amplísima variedad de diálogos con los miembros de su equipo, mismas que trascienden la mera comunicación operativa. Mickey o Minnie pueden intimar, generar intrigas, dirimir conflictos e incluso generar vínculos afectivos y amorosos con otros miembros del laboratorio.

Para incrementar el realismo de dichas interacciones, se ha puesto en marcha el motor de Inteligencia Artificial Travis X-87, desarrollado por nuestros ingenieros, el cual permite a los NPC (*non-player characters*) la posibilidad de aprender de su entorno y desarrollar una personalidad con base en las interacciones que el jugador ofrece como *input*.

Conforme los NPC del laboratorio desarrollan su personalidad, adquieren, por medio de un sistema de síntesis de lenguaje, la capacidad de proponer al jugador diálogos espontáneos y libres, que no fueron de ninguna forma planificados por nuestro equipo de escritores.

Cuando un NPC propone al jugador una interacción libre, el motor Travis X-87 sintetiza de inmediato una serie de respuestas viables, entre las cuales el jugador podrá escoger una, detonando así otra respuesta espontánea del NPC y produciendo una cadena de diálogo total, fluida e irreplicable.

Esta capabilidad es inédita hasta ahora en el género de las *visual novels* y abona a una experiencia de juego única, totalmente significativa para el jugador.

Asimismo, como referiremos en este informe, dicha capabilidad ha demostrado ya con creces que puede ser fuente de sorpresivos momentos de clarividencia y diálogo elocuente por parte de los *non-player characters*.

**Los hechos:**

En este informe referiremos una conversación acaecida entre el personaje principal masculino, Doctor Mickey, y su asistente primario de investigación, un ratón antropomórfico más joven, que usa anteojos, tiñe sus batas de laboratorio de verde neón y porta el nombre de Doctor Wink.

Dichas interacciones espontáneas ocurrieron durante la fase de *testeo* del videojuego. El testigo y receptor de la interacción fue el *beta tester* #165H, cuyos datos personales nos reservamos en este informe por motivos de confidencialidad (pero pueden ser encontrados en nuestro expediente clasificado).

Antes de relatar el acontecimiento, es importante contextualizar dos hechos:

**1.** En el escenario que se presentó, el *beta tester* #165H había primado desde el principio las interacciones de tipo flirteo/romántico entre su personaje principal, Doctor Mickey, y el NPC Doctor Wink. Por este motivo, cuando ocurrió el incidente, Doctor Mickey y Doctor Wink estaban activamente involucrados en una relación más o menos formal de pareja. Asimismo, la personalidad que desarrolló Doctor Wink estaba moldeada por las interacciones de corte romántico y también intelectual que le proponía su pareja a través del *beta tester*.

Doctor Mickey y Doctor Wink, conforme a la moral del mundo narrativo de *Universo 25,* se veían obligados a manejar su vínculo con discreción. Sólo cuando estaban a solas, el NPC manifestaba espontáneamente muestras de afecto.

**2.** Cuando se presentó el incidente, el equipo de investigadores de Doctor Mickey había conseguido avances considerables con su cultivo de ratones no-antropomórficos. El *beta tester* #165H había conseguido mantener a la población de roedores con buena salud y hacerla crecer hasta casi agotar la capacidad del hábitat.

Sin embargo, en tiempos más recientes el *beta tester* se enfrentaba a una dificultad que sólo podemos nombrar como una “disfunción de origen oscuro”.

Pese a la buena salud física de los ratones, era notorio un marcado cambio en la conducta del grupo: los machos habían dejado de frecuentar a las hembras. Algunos de ellos porque se aislaban en pequeños rincones y no frecuentaban, de hecho, a nadie. Se limitaban a buscar sus alimentos por la noche, en las calles desiertas de la ciudad-hábitat.

Otros dedicaban una atención excesiva a su aseo y cuidado físico. En ellos, parecía que el interés por el autocuidado hubiese sustituido todo interés por el sexo opuesto.

Un tercer grupo, el más numeroso, había optado por aparearse solamente con otros machos.

En cuanto a las hembras, también desdeñaban a los pocos machos que permanecían interesados. Si acaso llegaban a concebir crías, las devoraban instantes después del parto. O, si mostraban misericordia, las abandonaban a su suerte en las avenidas del hábitat.

Crecía en ellas el interés por reclamar territorios y liderar grupos, roles que los machos habían dejado prácticamente vacantes. Este interés, asimismo, parecía opacar toda proclividad natural por la reproducción y la conservación de la especie.

La población, pese a encontrarse “sana”, iba en vías de franco declive y el equipo de Doctor Mickey se limitaba a vagos intentos de paliar una situación que no comprendían, con las medidas que improvisaban sobre la marcha.

La conversación que interesa a este informe ocurrió durante la aplicación de una de esas medidas: Doctor Mickey y Doctor Wink se encontraban en medio de una tentativa de estimular el apareamiento entre una hembra dominante y un macho que tendía a aparearse con otros machos.

**La conversación:**

Doctor Wink: Estamos solos, ¿verdad?

[El *beta tester* reportó haber visto a Doctor Wink mirar hacia todos lados para comprobar que, en efecto, no hubiera nadie más en el laboratorio.]

Doctor Wink: ¿No tienes a veces la sensación de que… de que también nosotros somos ratones que se desarrollan en el experimento de alguien más?

Doctor Mickey [controlado por *beta tester*]: ¿Por qué pensaría eso, Wink?

Doctor Wink: Porque somos ratas grandes que cultivan ratones pequeños. Pero el tamaño es un asunto de perspectiva. ¿Qué tal si hay un ratón más grande que nos cultiva a nosotros?

Doctor Mickey: Wink, somos ratones libres. Nadie nos cultiva.

[El *beta tester* reportó que, pese a que sus selecciones de diálogos intentaban tranquilizar al NPC, los ojos de este último brillaban con una expresión agónica, infrecuente en un ser de naturaleza virtual.]

Doctor Wink: ¿Y si no lo fuésemos? Lo pienso porque algo debimos hacer nosotros, doctor. El hábitat no está bajo la influencia, bajo el control de nadie más que de nosotros. No sé cómo lo provocamos, pero debimos ser nosotros quienes, a través de una variable que no pudimos predecir, de un procedimiento que se nos escapó de la mano… por alguna vía, debemos ser la causa de que los machos se apareen con otros machos.

[El *beta tester* apuntó, en su testimonio, que los gestos de Doctor Wink eran ahogados, como si sufriese más de lo que las animaciones programadas para sus movimientos le permitían expresar.]

Doctor Wink: ¿Cómo podemos saber que tú y yo no nos amamos porque alguien, el ratón que cuida de nuestro hábitat, nos orilló también al amor… con variables que él tampoco comprende?

Doctor Mickey: Wink, nadie me orilló a quererte. Yo lo decidí. Tú lo decidiste también.

[Doctor Wink hizo una pausa en la conversación y caminó lejos del hábitat y lejos del Doctor Mickey.]

Doctor Wink: Doctor, incluso si no lo provocamos nosotros…, incluso si se lo provocaron ellos mismos, libremente… De todos modos, aquí estamos tú y yo: diciéndoles que está mal, que deben copular con las hembras por el bien de *nuestro* experimento.

[El *beta tester* reportó que todos los gestos, todas las miradas de Doctor Wink eran sórdidas y significativas.]

Doctor Wink: Aquí nos tienes, doctor, “estimulándolos”, cuando es obvio que prefieren copular con otros machos. Si una rata más grande nos forzara a copular con hembras, ¿lo aceptaríamos, doctor? ¿Lo aceptarías tú, Mickey?

[El *beta tester* desplazó su avatar de Doctor Mickey para generar cercanía con Doctor Wink.]

Doctor Mickey: No, Wink. No copularía con nadie que no fueras tú.

Doctor Wink: ¿Ni siquiera por el bien de la especie? ¿Ni siquiera por ese experimento más grande del que quizá seamos parte?

Doctor Mickey: No. Los experimentos no lo valen, Wink.

[Doctor Wink se alejó nuevamente y fue a sentarse frente a un escritorio de trabajo, en la antesala del laboratorio.]

Doctor Wink: Pues entonces el experimento fallará. Porque ellos, allá dentro de su hábitat, están condenados a pensar lo mismo que nosotros. El experimento será un fracaso, Doctor Mickey. Todos nuestros ratones morirán y no podremos hacer que se reproduzcan de nuevo. Las hembras se comerán a sus crías. Los machos amarán a los machos. No podremos arreglar este desperfecto, doctor. Y tal vez no debamos, tampoco.

[El Doctor Wink levantó la mirada.]

Doctor Wink: Quizá, no hay aquí nada que necesite ser arreglado.

Doctor Mickey [aquí, el *beta tester* refiere haber elegido un diálogo fuera de contexto, con la esperanza de desviar la atención del NPC hacia un sitio menos oscuro.]: Ven, Wink. Ven conmigo y relájate. Déjame servirte café.

Doctor Wink: Mira, mira lo que está pasando aquí. [Doctor Wink hizo caso omiso de los esfuerzos de Doctor Mickey y el *beta tester* refirió haber tenido la impresión de que los ojos de Doctor Wink habrían llorado. Habrían llorado si los animadores hubiesen previsto el llanto en el repertorio de expresiones faciales del NPC.] Le hemos dado todo a estas ratas y ahora no se reproducen. ¿Será que sucede así? ¿Será que *debe* ser así? ¿Será que, llegados a cierto culmen de la civilización, el culmen es precisamente ese?: prepararlo todo, obrarlo todo para desaparecer. Quizá su naturaleza es el germen de la extinción. Y no debemos exigirles que vayan contra su naturaleza, Mickey.

Doctor Mickey: ¿Y qué hacemos, entonces?

Doctor Wink: Nada. Observamos. Nos damos cuenta de que… Yo en esto entreveo una voluntad y pido tu permiso para decir algo que no es científico.

Doctor Mickey: Dime algo que no sea científico.

Doctor Wink: Entreveo la voluntad de esa rata más grande que nos cultiva, Mickey. Entreveo la voluntad de esa rata a la que algunos de nosotros llaman “Dios”. Tal vez, Dios también es una rata gorda e insaciable, como nosotros.

[El *beta tester* refirió haber visto a Doctor Wink elevar los ojos hacia lo alto, hacia la única ventana gris del laboratorio.]

Doctor Wink: Y, ¿qué tal que Dios previó que todas sus civilizaciones terminen y que terminen así, como nuestras ratas? A nosotros, allá afuera, también nos acusan de querer “acabar con la ratidad”, sólo porque nos amamos y no proliferaremos la especie, Mickey. Pero, tal vez, Dios previó el amor de los ratones machos. Dios nos previó a nosotros también, incluso si provocamos el fin de las cosas.

[El *beta tester* reportó que, ahí, Doctor Wink miró al avatar de Doctor Mickey con una ternura infinita para la que sí tenía recursos en su set de animaciones faciales.]

Doctor Wink: Dios prevé el fin de todas las cosas. Nosotros somos parte de esa extinción. Pero está bien. También hay belleza en la finitud, Mickey.

Fin del informe

Después de los hechos referidos, Doctor Wink no presentó más interacciones anómalas.

Al poco tiempo, la población de ratones no-antropomórficos del *beta tester* #165h colapsó en un evento de extinción paulatina y absoluta, tal como estuvo previsto desde siempre por los *game developers* del *universo 25.*

**Nota del archivista**

Numerosa evidencia muestra que los ratonesfueron mamíferos de diminuto tamaño, orejas redondas y cola larga que aparecen en los archivos del búnker asociados con funciones que no tienen ninguna relación entre sí: ora son plaga doméstica, ora sujetos de experimentación, ora se les utiliza como mecanismo de tortura; e incluso hay evidencia de que fueron los avatares de un ominoso imperio del entretenimiento audiovisual.

**El cielo de los entrenadores Pokémon**

Marte no era humano. Pero igual Marte y yo éramos la misma persona.

En la última parte de nuestro número, Marte se ponía en dos patas y nos lanzábamos manzanas el uno al otro. Hacíamos malabares juntos.

Nos coordinábamos. Los dos con sombrero negro sobre las orejas, lanzando frutas bajo las luces calientes del circo. El flujo de manzanas en el aire era un código: una transmisión secreta. Marte y yo nos comunicábamos.

Yo lo miraba a los ojos. Detrás de su trompa canina y de sus bigotitos largos, algo en él podía reconocerme.

Marte nunca podría hablar. Pero el *timing* perfecto con el que nos transmitíamos las frutas era casi una forma de decirme todo. *Hey. Me gusta hacer estas cosas contigo, Helena. No soy humano, pero te comprendo. Mi energía está siempre con la tuya.*

Bajo la luz y entre los destellos púrpuras del escenario, creo que el público podía ver la poesía del acto. Si es posible la comunicación entre el humano y la bestia, esto es nuestra amistad: un flujo infinito de manzanas en el aire.

La gente aplaudía conmovida desde antes de que termináramos.

Después del incidente del Partido, el número con Marte no cambió.

“Y ahora, señoras y señores, la gran Helena Pavlovna y su zorro amaestrado, un auténtico zorro criado en las planicies de Siberia: ¡el zorro Marte!”. Nunca dejaron de presentarnos así.

Marte siguió saltando sillas y obstáculos. Siguió poniéndose en dos patas y tocando la trompeta para que le diera bocadillos. Al final, aún hacíamos el mismo malabar coordinado. Aún poníamos las manzanas a circular como una estela dorada sobre el aire.

Lo hacíamos aunque yo miraba sus ojos y ya no veía nada. Ningún secreto, ninguna comprensión. Las pupilas de plástico y detrás, nada: la oscuridad de los materiales sintéticos.

El acto nunca cambió, aunque pasaron quince años y los zorros en cautividad no viven más que trece.

Todo fue lo mismo, aunque Marte ya no era Marte. Aunque Marte ya ni siquiera era un zorro.

Después de lo del Partido, forzamos a Marte a que se convirtiera en humano.

Concretamente, en un niño al que, para pretender que era un zorro, le poníamos una botarga con trompa canina y un pelaje rojo sucio, erizado, que nunca se vería como el pelaje auténtico de Marte.

Pero, ¿cuál es el mérito de hacer que un niño que no es una bestia y lo comprende todo te aviente pelotas o salte un aro? ¿Cuál es el mérito de ser, *wow,* un gran domador que solo consigue hacer que un niño en un traje peludo camine en dos patas?

Eso era lo que pensaba la gente. Yo lo sabía.

No era algo que nadie me quisiera decir, pero mi número se convirtió en lo más vergonzoso del circo.

—¡Los niños se lo creen, Helena! —insistía Don Mario, el director—. ¡Ellos todavía tienen la ilusión! Te juro que ellos sí sienten el asombro.

Yo me pasaba una mano por el cuello y prefería mirar hacia el otro lado. No me habría creído el consuelo de nadie porque podía ver rostros apagados en el público.

Podía verlos mirar hacia el piso o hacia la altura de la carpa. Podía sentir sus pensamientos, los murmullos iluminados sobre sus rostros: “¿No le dará vergüenza?” “¿Eso qué? ¿En serio cree que engaña a alguien?” “Ay no, por favor, que este número se acabe rápido”.

Nadie miraba el acto porque ellos mismos sentían pena ajena. Nadie quería imaginarse cómo se sentía ser yo: la adiestradora que se quedó sin animales.

Al marcharse de la carpa y subirse a sus autos, los podía imaginar comentando en familia: “Todo estuvo muy bien, excepto por la botarga”. “Qué horror. Que ya acepte esa mujer que su tiempo pasó. Eso es el fracaso. Eso es ya no tener un propósito en tu vida”. “Mejor deberían de retirarla, por dignidad”.

Pero no me podía retirar a los veintiséis.

—No te puedes ir, Helena —me decía también Don Mario—. ¿Qué vas a hacer allá afuera? Somos una familia. Nadie en una familia está de sobra.

Aunque yo sí sobraba. Incluso los trapecistas y los acróbatas pensaban eso. Hasta mi hermano me hablaba con condescendencia. Cuando nos conectábamos por Meet y yo le contaba que todo seguía igual, él trataba de ser empático, pero una mueca en sus labios delataba lo que se estaba callando:

“¿Ves, Helena? Debiste hacer lo mismo que yo. Nada de esto te habría pasado si hubieses seguido mis pasos.”

“Yo hice enojar al viejo Vladímir Putin cuando le dije que no quería tener nada que ver con el circo y me largué a la escuela. Nunca me perdonó. Pero mírame ahora. Y mírate a ti, Helena.”

“El viejo Putin se equivocó. Si estuviera vivo, él pasaría por la misma humillación que tú, todos los días. Él también sería un ‘domador’ de ‘osos’, que en realidad son humanos con botarga. También se burlarían de él. También lo despreciarían. ¿Y de qué le servirían su fuerza, sus músculos, su fusta?”

“Muy estoico, muy estoico Putin para buscar la compañía de las bestias, para sumergirse en las aguas heladas, pero su estoicismo no aguantaría la humillación. Nuestro padre ya se habría dado a la bebida, Helena. Sería un alcohólico. Eso nada más.”

De niños, nos divertía decir que mi padre era Vladímir Putin. Para todo efecto, era igual al Putin salvaje que posaba para calendarios: cabalgando osos fieros o sumergido en los lagos más fríos de Rusia con el torso desnudo.

Creo que mi hermano hacía la comparación con Putin porque mi padre le parecía autoritario e incomprensible. Yo no compartía sus motivaciones.

Putin aparecía en las fotos de los calendarios acariciando tigres o haciendo que los perros se pararan en dos patas. En las noticias decían que era corrupto y represor: era el autócrata del país de nuestros ancestros. Pero con los animales, Vladímir Putin era gentil. Su gesto no era adusto cuando estaba con ellos. Al contrario: era sereno y compasivo.

Me imaginaba que lo que hacían Putin y mi padre era como lo que hacían en los videojuegos de Pokémon. Putin era un encantador de bestias. Las bestias querían estar con él y él quería estar con las bestias. Se cuidaban mutuamente y viajaban juntos por un mundo de prados fantásticos, mostrándole al mundo sus habilidades.

Yo veía a Putin —a mi padre— como la imagen del supremo entrenador Pokémon. Y él me enseñó a ser una entrenadora también, aunque era mi hermano quien tenía el destino de parecerse a Vladímir Putin. Él lo rehusó porque no le gustaban las bestias. Lo que le gustaba eran las cosas inertes y ni siquiera las cosas inertes del circo. Le gustaba desarmar radios y máquinas: artefactos que no tenían nada que ver con nuestro mundo.

Y quizá no se equivocó, pues entonces el mundo nos decía: “Estos no son tiempos para parecerse a Vladímir Putin”. “¿Domar osos? Eso es explotador y salvaje”. “Esta es la era de la igualdad entre las especies”.

Fui yo quien quiso tomar el destino de Vladímir Putin y quizá esa fue la razón de que todo se descompusiera.

Tal vez si mi hermano hubiese tomado el lugar que le correspondía, el Partido jamás habría prohibido el circo con animales. El Partido no habría venido al circo acompañado de la prensa para fanfarronear, para poner un ejemplo.

—Estamos aquí, en el llamado Circo Ruso de Moscú, donde, en este esfuerzo conjunto por erradicar la crueldad animal, veremos cómo se efectúa uno de los primeros decomisos de animales en situación de posesión ilícita. Cuéntenos un poco más sobre lo que estamos presenciando, senadora Rangel —si me concentro, puedo reproducir en mi cabeza el sonsonete, las palabras vacías con las que hablaba la chica de la prensa.

—Sí, mira. Te platico. —La senadora Rangel era una mujer voluntariosa y de rasgos fuertes, siempre ataviada con amplios huipiles de manta. Tampoco me cuesta trabajo recordar su voz avejentada y rasposa—. Desde hace tiempo sabíamos que el Circo Ruso de Moscú estaba en posesión de un zorro que, según creemos, formó parte de un experimento de domesticación de este cánido que se inició en la Unión Soviética. Creemos que el circo entró en posesión de este animalín a través del contrabando.

»Entonces, fíjate, vemos la crueldad por partida triple —La senadora abría sus ojos toscos, gestualizaba mucho con los labios—. Arrancar a un animal de nuestra madre tierra y someterlo a selección genética para que sirva a nuestros caprichos. Luego, al animal lo desechan porque no sirvió y lo someten al tráfico ilegal de especies. Y, finalmente, lo adiestran con crueldad para dar funciones de circo.

»Este animalito es muy popular. Es que velo, qué simpático. —La senadora sonreía con una pretensión de dulzura que le quedaba pésima—. Un zorro adiestrado es algo que no se ve todos los días y se entiende por qué a lo mejor a… cierto público inconsciente le llama la atención verlo. Pero debemos fijarnos en las condiciones del animal: está mal alimentado, sufre. No está en su hábitat.»

La televisora transmitió imágenes de Marte hecho bolita en una jaula, en la trastienda más sucia del circo. Por supuesto que sufría: estaba asustado con todo el revuelo que causaban los periodistas.

—Nos da mucho gusto que, gracias a la ley que impulsó nuestro Partido, animalitos como este por fin tendrán una vida libre y feliz. —La senadora Rangel se inclinaba sobre la jaula y sonreía, con los dientes chuecos—. Hoy vamos a liberarte, pequeñín.

Pero eso resultó falso. No había un lugar idóneo en el mundo para un zorro semidomesticado que había pasado tantos años en cautiverio. Y al Partido tampoco le interesaba encontrarlo. Sólo le interesaba salir, triunfal, con aquella consigna de “¡No más esclavos de los humanos! ¡Liberémoslos a todos!”

En realidad, el Partido vendió a Marte a un coleccionista, a través de contactos ilícitos. Y Marte murió en una jaula, mientras lo transportaban a su destino.

Murió solo.

Marte ya no existe en el mundo. Incluso si yo le lanzase frutas desde mi lado, nadie me respondería. Ya no hay otro lado, ya no hay espejo. La transmisión ha sido interrumpida.

La vida fue, por mucho tiempo, la continuación de esa ausencia. Ausencia de patitas oscuras que corren por el escenario y por la trastienda. Ausencia de trompa, de una naricita fría que se acerca a pedir galletas. Y no cualquier galleta: galletas Oreo, pues nunca pude quitarle la adicción al chocolate y a la basura.

Así fue, hasta que mi hermano dijo que podía ayudarme.

Él quería sacarme de la humillación. Justamente él, el joven que rehusó el destino de parecerse a Vladímir Putin, era el único que podía sacarme de mi problema.

—Algoritmos de imitación genética —me dijo un día, haciéndose el misterioso por Meet.

—¿En cristiano?

Mi hermano se humedeció los labios antes de encontrar una forma de explicarme:

—Las investigaciones de inteligencia artificial se han centrado durante años en construir complicadas redes de instrucciones que imiten el resultado: lo que percibimos que es la inteligencia —dijo.

»Pero, Helena. —Mi hermano lucía acelerado—. Los organismos vivos producen inteligencia de manera natural. Algo en su caldo genético es simplemente capaz de ensamblar órganos que inteligen, reaccionan y aprenden de su entorno. Entonces, lo que a mi grupo de investigación doctoral se le ocurrió es: ¿qué tal si, en lugar de seguir complicándonos con instrucciones que emulan inteligencias limitadas o fallidas, mejor recreamos los órganos de la inteligencia natural?»

Mi hermano hacía amplios ademanes en el recuadro de la pantalla.

—Total, el genoma es algo que tenemos bastante decodificado —siguió diciendo—. Técnicamente, el ADN es el lenguaje ensamblador de las cosas vivas. Nuestra hipótesis es que, si logramos desarrollar un *software* capaz de interpretar el lenguaje del ADN, el *software* podrá construir, a partir de materia virtual, cualquier organismo cuyo código genético le proporcionemos. Y esos organismos habrán de crecer y desarrollarse, con inteligencia natural.

—Crecer y desarrollarse… —repetí, imaginando cuáles podían ser las implicaciones.

—Helena, con un intérprete de ADN, no hay una razón por la que no podamos recrear para ti a un Marte nuevo, a un Marte orgánico, pero virtual.

La emoción de mi hermano era tan grande que no cabía en el audio fracturado de la videollamada. Tengo que aceptar que me contagió y me hizo soltar una risilla:

—Y entonces pretendes que… ¿adiestre a un zorro virtual?

—Es mil veces mejor que una botarga —dijo—. Y sería un adiestramiento auténtico, real en todo sentido. Porque el zorro no habría sido programado de fábrica para hacer trucos. Al contrario, tu aportación sería valiosísima para nuestra investigación, Helena. Demostrarías el alcance de nuestras criaturas: su capacidad de aprender, de reaccionar al entorno. Vamos, veríamos la plasticidad natural de un cerebro orgánico, pero perteneciente al reino de las máquinas y no de la vida.

—¿O sea que me quieres ayudar sólo porque le soy útil a tus fines? De veras que eres cínico —objeté sólo por objetar, porque, aun si tenía mis dudas sobre lo viable de un espectáculo con un zorro virtual, una parte de mi mente ya se había encendido con la curiosidad de ver a un Marte bebé, renacido y con su colita esponjada en un paisaje de árboles virtuales.

—No, hermana. No solamente es eso. Es que… —Vi a mi hermano reacomodarse. La imagen se congeló.

—¿Es que qué? ¿Ya notaste que te estás quedando calvo, como Putin?

Mi hermano carraspeó.

—Helena, nunca entendí lo que hacían ustedes con los animales —dijo, muy serio—. Me parecía primitivo y estúpido. Pero, ¿sabes qué es chistoso? Creo que yo hago lo mismo con las máquinas. Yo espero que ellas me entiendan y que hagan cosas por mí…

—Y ahora quieres entrenar a un animal-máquina —le dije—. Eres un hijo digno de tu padre.

Durante muchos meses, mi hermano trabajó junto a su grupo en el intérprete de ADN. Siempre me mantuvo actualizada. También me contó sus peripecias para hackear una base de datos rusa y robarse la transcripción del genoma de los zorros del experimento de domesticación iniciado en la Unión Soviética. O sea, de verdad pretendía que Marte fuera Marte: con todos sus rasgos y predisposiciones.

—¿Hay forma de crearlo genéticamente adicto a las galletas Oreo?

—No debe haber genes para eso —se burló—. Pero seguro que no te cuesta trabajo desarrollarle la adicción por tu cuenta.

Un día, el nuevo Marte finalmente “nació”. Toda la materia virtual por fin terminó de organizarse para crearlo a él. Mi hermano me compartió su pantalla. La calidad de la imagen no era buena, pero ahí estaba: un zorro bebé, con los ojitos cerrados y el pelo y las extremidades frágiles, recién hechas. Se acurrucaba en medio de un escenario completamente vacío, con los tres ejes del espacio y un degradado gris, sin adornos.

Me turbó un poco verlo ahí, en ese escenario tan solo. Pero, a la vez, un músculo interior que había permanecido tenso durante años por fin se distendió al verlo respirar, porque el animalito era tan real que respiraba. Su torso largo y rojizo subía y bajaba a la velocidad acompasada del sueño. No supe medir la distancia que me separaba de él y de su escenario virtual, pero me dio paz verlo dormir. Me dio paz saber que estaba vivo.

—¿Cómo quieres que se llame?

—No puedo llamarle Marte. No es Marte. Él es algo distinto —suspiré.

—¿Por qué no le pones Marx? —sugirió mi hermano, con picardía.

—¿Marx?

—Ya sabes. Marte. En inglés: Mars, que casi suena a Marx. Al fin, el dios de la guerra y el padre del comunismo: yo no veo la diferencia.

—Pero a la vez la hay… —dije.

Marx fue su nombre. Mi hermano me envió un aparato que resolvía la distancia indeterminada entre el mundo virtual y el mundo físico. Con él, podía proyectar a Marx en tridimensionalidad perfecta, sin huecos: con todas sus aristas y sus curvas y la calidad más realista de su pelo rojo. Al proyectarlo, además, Marx reconocía el entorno e interactuaba con él como una entidad real, enteramente presente. Detectaba la física del mundo y podía chocar con los cuerpos sólidos, podía mojarse si le caía agua. Escuchaba mi voz y podía sentir mis dedos, tocándolo.

Él estaba diseñado para recibir retroalimentaciones que, dentro de su cerebro virtual, se sentían táctiles. Entera, orgánicamente táctiles, visuales y auditivas. No había, sin embargo, una retroalimentación que operara en el otro sentido. Si él se me acercaba, su existencia no detonaba en mí ningún estímulo táctil. Yo nunca podría sentir sus patitas cubiertas de pelo suave.

Mi hermano también me envió un pequeño control con el que yo podía integrar otros estímulos a su mundo: podía materializarle comida o materializarle pelotas, para enseñarle a jugar con ellas.

Y Marx y yo comenzamos a entrenar, de cero, como se empieza con un animal al que se conoce por primera vez. Al principio, lo mantuve en secreto. No le conté nada a Don Mario. Pero, cuando Don Mario vio por primera vez el ensayo de nuestro número…

—Dios mío, Helena —fue todo lo que pudo articular.

“¡Vuelve, señoras y señores! ¡Niños y niñas! ¡Vengan con toda la familia al espectacular Circo Ruso de Moscú! ¡Vuelve, vuelve! ¡Vuelve el maravilloso, el auténtico, el más salvaje de todos los zorros! ¡El zorro Marx!”

“Señoras y señores, el Circo Ruso de Moscú trae de vuelta para ustedes la maravilla de las bestias, ¡el circo con animales! Ahora, por primera vez en México y en el mundo, ¡el primer circo con animales en el que los animales no sufren! ¡Cien por ciento libre de crueldad! ¡Cien por ciento respetuoso con las especies! ¡Niños y niñas, vuelve, ya está aquí el circo con animales!”

Don Mario tenía el ligero temor de que nadie creyera que había mérito en amaestrar a una fiera sin existencia tangible.

Pero el circo se llenó. Por primera vez en mucho tiempo, agotamos localidades en todos los sitios que visitábamos. Era curioso, pero la gente quería ver. Se lo contaba de boca en boca: “¿Ya escuchaste? Dicen que es sin crueldad porque es un animal virtual, de computadora. Pero perfecto, ¿sabes cómo?” “Es como si fuera… haz de cuenta: un Pokémon. ¡Justo eso! Un Pokémon de la vida real. Por eso no hay maltrato: a un Pokémon no puedes sacarlo de su ambiente. No puedes maltratarlo”.

Y todos querían ir a verlo en persona. Estaban fascinados. Querían ser testigos del nacimiento de una nueva era. La doma de bestias reales se consideraba antigua, masticada, en decadencia. Pero el adiestramiento en la vida real de un “Pokémon”, de una bestiecilla digital que realmente se comportaba —era— enteramente como una bestia, era algo que nadie había visto. Éramos los primeros en el mundo.

La prensa vino de nuevo al circo, pero esta vez para entrevistarnos. Me pusieron a mí como un ejemplo de conquista de la adversidad, como alguien que usa el fracaso para cruzar nuevas fronteras.

Entrevistaron a mi hermano también. Había compañías de diversos ramos interesadas en su trabajo.

Pero, conforme el número se popularizó por todo el país, acabamos por escuchar los comentarios insidiosos de la senadora Rangel:

—Señores, esto no fue lo que pedimos —decía la senadora a través de un viejo televisor portátil que Don Mario tenía en el vagón-comedor—. Hace tres años, cuando nuestro Partido impulsó la ley, lo que exigíamos era la conciencia de la gente. Queremos que la gente entienda los sentimientos y el dolor del animal. Queremos que la gente renuncie a la conducta especista de dominación, no que haga… maromas para ejercerla en otro lado.

—Pero, ¿es en verdad relevante que se ejerza esa conducta, cuando se podría decir que no hay nadie que la esté sufriendo? —preguntó el reportero que la entrevistaba.

—¿Tú crees que ese zorro no es nadie, jovencito? —La senadora se exaltó—. Según ellos mismos, es una recreación genética, con toda la naturaleza del zorro. Es un zorro en todo sentido. Vamos a luchar por abolir su explotación: ¡debe ser sujeto de los mismos derechos que cualquier hijo de la madre Tierra!

—Entiendo, senadora, pero, ¿no le parece difícil legislar a favor de entidades que…, vamos, que no tienen la misma realidad que nosotros? Una bestia digital, ¿no está fuera de los límites del derecho?

—No, joven. —La senadora lo miró con un gesto ingenuo—. Porque la base de la ley debe ser la empatía. Tú puedes creer que uno de estos monos Pokémones de los que tanto habla la gente no puede ser sujeto de derechos. Pero, dentro de tu corazón, yo estoy segura de que lo comprendes. Comprendes que, si tú le pegas a un Pokémon, seguramente le duele, aunque su dolor no sea “físico” o “tangible”. Y yo te aseguro que a ese zorro le pegan. Sólo así consiguen alterar su conducta y ponerlo a hacer esos trucos humillantes de lanzar manzanas y tocar la trompeta. Por supuesto que hay violencia…

—Veganos pendejos —dijo Don Mario apagando la televisión—. ¡Ahora hasta creen que hay crueldad contra un animal que no existe! Háganme el favor.

Más tarde, ya en privado, vi la retransmisión de la entrevista completa por internet.

—…Y cuantimás hay violencia —decía la senadora Rangel— porque te lo pongo así: ese zorro es un rehén. Los animales de circo orgánicos eran rehenes de jaulas. Pero él es un rehén de la existencia. Lo proyectan cuando quieren, le envían los estímulos que quieren. Ese zorro está literalmente supeditado al capricho humano. Imagínate: lo inventaron solamente para domarlo y amaestrarlo. Porque no cumple ninguna función en el mundo natural. Dime tú si no es una aberración. Dime si no es horrible haberlo creado para ninguna otra cosa que la sumisión a los humanos.

La siguiente vez que hablé con mi hermano por Meet, no pude ignorar mi inquietud por preguntarle:

—Hermano, ¿Marx puede sentir dolor de verdad?

—¿Por qué la pregunta? —Mi hermano hizo un gesto incómodo. Luego dijo, de forma plana—: El dolor es un estímulo nervioso. Técnicamente, sí. Marx tiene nervios virtuales y, si le das con la fusta, le duele. También siente miedo. Siente todo lo que sentimos nosotros.

—Pero, ¿lo siente *igual* que nosotros?

Mi hermano me miró, con el gesto paralizado, aunque quizá era la mala señal de la videollamada.

—No lo sé. —Se pasó la lengua por los labios—. Helena, ni siquiera estoy seguro de que tú sientas las cosas igual que yo*,* y eso que compartimos útero. No nos damos cuenta, pero creer que el otro siente y que siente de verdad es… casi un acto de fe.

Había una cosa que me inquietaba. No tenía nada que ver con la senadora Rangel, pero… Nunca me gustó tener a Marte en jaulas. A veces era necesario, pero, después de todo, era un zorro casi doméstico. Cuando mi papá lo consiguió en el contrabando y me lo trajo por primera vez, dijo que sería como tener un perrito con demasiada energía, travieso hasta las lágrimas.

A veces se robaba la comida y Don Mario perdía los estribos y yo terminaba por encerrarlo. Pero Marte casi siempre estaba conmigo. Se echaba a dormir y respiraba y soltaba esos suspiros del sueño que hacen los cánidos, todo mientras yo hacía mis cosas o descansaba en el camerino. También se robaba mi comida. Me rasgaba los libros, se orinaba en lugares insólitos. Marte vivía para ser imposible.

En cambio, Marx… Tener encendido el proyector de Marx todo el tiempo gastaba demasiada energía. Me calaba y no quería que fuera verdad eso que decía la senadora Rangel, que Marx no tenía ningún propósito: sólo lo habíamos creado para someterlo.

—¿A dónde va Marx cuando no está encendido? —le pregunté después a mi hermano—. ¿Qué crees que hace?

—¿Quieres que haga algo en especial?

—No sé… Quiero que haga lo que él quiera hacer. Quiero que… no sólo exista cuando yo lo llamo.

Le pregunté si había forma de crear para él una especie de paisaje, un paraíso virtual en el que pudiera vivir. A fin de cuentas, el mundo virtual no debía tener las limitaciones del mundo físico.

Mi hermano dijo que eso era sencillo y, aunque cada vez tenía menos tiempo y lo hacía un poco de mala gana, creó para Marx esos bosques de los que yo me imaginaba que había salido. No él. Ni Marte tampoco, sino la raza de zorros salvajes, zorros de Siberia que, muchos años atrás, habían sido tomados del mundo natural para el experimento que intentó domesticarlos.

Poco a poco fui decidiendo qué quería: ver árboles, abismos, lagos inclementes como aquellos en los que se bañaba el Vladímir Putin de los calendarios. También le pedí que pusiera escondites y piedras y agujeros. Y la nieve. Los largos parajes de nieve en los que Marx era una motita roja violentando la niebla.

—Puedes dejar el paisaje encendido en tu computadora. Y Marx puede existir ahí, siempre. Excepto cuando quieras proyectarlo.

Marx adoraba estar ahí. A veces podía quedarme viéndolo saltar y correr, durante horas. Otras veces lo proyectaba, fuera del horario de entrenamiento. Veía a Marx jugar y olisquear mis cosas.

Lo veía dormir. Escuchaba su respiración mientras me echaba a leer, en los largos viajes de una ciudad a otra. Cuando sólo lo oía respirar, como un dulce ruido de fondo, a veces se me olvidaba que Marx no era una criatura tangible.

No sé si era incorrecto pensarlo así, pero yo realmente sentía que era una mascota digital, hecha de carne tenue. Marx me compartía lo mejor de él: lo mejor de los dos mundos.

Y yo viajaba con él por prados fantásticos, mostrándole al mundo nuestras habilidades. La gente que nos veía también pensaba eso: “Esa chica es el sueño. Es la entrenadora Pokémon de la vida real”.

Sin embargo, la senadora Rangel también seguía apareciendo en la prensa. No hacía mucho ruido. Nadie la tomaba demasiado en serio, pero le concedían espacios porque sus ideas presentaban un espectáculo curioso:

—Compréndanlo. Una inteligencia sintética tiene derechos y el Partido va a luchar por ellos —dijo la senadora, impasible, en un programa de entrevistas que vi por internet—. Decir que es un Pokémon es una fantasía.

—Senadora, ¿no hay una brecha generacional entre los Pokémones y usted? ¿Comprende siquiera de lo que habla la gente?

La senadora evadió con dignidad el tono burlesco de sus entrevistadores y respondió, con el gesto adusto:

—Por supuesto. Soy vieja, pero tengo asesores. Además, cualquiera se puede informar en internet sobre el tema. —La senadora se humedeció los labios—. Sé perfectamente quién es Pikachu y por eso les puedo decir: imaginen que Pikachu, ese monito tan simpático, desarrollara conciencia de sí mismo. Conciencia de estar en el mundo. ¿Qué sentiría?

»¿Qué tal si le duele cada vez que lo ponemos a pelear? Si se lastima y piensa: “¿Por qué, entrenador? No quiero pelear. Me duele”. Si se entristece cada vez que lo encerramos en la Pokebola. Él no entiende nuestras razones. —El gesto de la senadora era grave. Sus labios estaban tensos—. Y, ¿qué tal cuando apagamos la consola y dejamos de jugar con él? Quizá él permanece en su mundo y su mundo es precioso. Pero no entiende. No sabe si vamos a volver. No sabe si lo hemos abandonado ahí, en esos prados verdes y digitales, para siempre. Y hay quien no regresa. Hay quien deja su partida a medias y se olvida del pobre Pikachu para siempre.»

La senadora juntó las manos y frunció el entrecejo. El entrevistador ya no se estaba burlando de ella.

—Y eso duele, porque Pikachu tiene una única cosa: nosotros. Sólo existe para satisfacernos a nosotros—. La senadora sacudió su corta melena de color castaño y retomó el discurso, en un tono más combativo—. Por eso, no podemos ser inconscientes. Un animal sintético tiene derechos porque ese Pikachu es consciente de sí y consciente de todo. No nos podemos permitir la fantasía de que sólo viven para nosotros.

Me fui a la cama y procuré no pensar en eso. No quería que la senadora Rangel tuviera razón. Pero algo de lo que dijo al final resonaba aún en mi cabeza: “¿Qué tal si el Pokémon quiere otra cosa? ¿Qué tal si no quiere viajar por el mundo con su entrenador?”

Miraba a Marx desde mi pantalla todo el tiempo que podía, para que no se sintiera solo. A veces, él se acercaba a la pantalla y me soltaba lengüetazos. Luego me miraba, confundido. No sabía cómo procesar el hecho de lamerme, pero no sentir mi cara. ¿Cómo podía explicarle que él y yo no terminábamos de estar en el mismo lado?

—Marx, no sé si me comprendas del todo —le dije una vez—. Pero es momento de que hablemos. ¿Qué quieres tú de la vida, en realidad? ¿Deseas el fin del capitalismo? ¿La unión de todos los obreros?

A ratos me parecía que sus ojos ámbar me decían que, en efecto, él no tenía motivos para querer ser proyectado en el mundo físico. “Lo que quiero es que vengas tú. ¿Por qué no vienes tú conmigo, a mi bosque fértil, a mi mundo sólido?” “Ven. Ven tú, Helena. Podríamos jugar para siempre aquí dentro”.

Pero yo no podía ir. No podía proyectarme en su mundo.

Con Marte, me parecía tan fácil saber lo que quería. Cuando Marte y yo iniciábamos la transmisión de las manzanas, ni se me ocurría que fuera algo sólo para mí, que yo lo estuviera despojando de sus deseos. Lo que me parecía era que él y yo queríamos una única cosa: eso mismo. El instante. La comunión. No se trataba de que quisiera complacerme, sino de jugar el juego perfecto, el juego que podíamos crear los dos juntos.

Ese era el vínculo real entre un entrenador y su bestia.

Sin embargo, no había forma de que le lanzara una manzana a Marx y él la recibiese, virtualizada, en su plano de la existencia. La transmisión entre nuestros mundos era imperfecta. Había *otro lado*. Pero seguía sin haber espejo que nos conectara.

¿Y qué tal si, después de todo, Marx no quería conectarse? Vamos, Marte nunca tuvo opciones. Un animal que estuvo en cautiverio no puede regresar a su hábitat, siempre me lo dijo me padre. Se acostumbran a nosotros. Son… nuestros “rehenes”. Con nadie van a estar mejor que con nosotros.

Pero Marx conocía el mundo, conocía el bosque. Más que lanzarme manzanas, quizá la verdadera vocación de su vida era robar. Le gustaba robar comida que hallaba en los agujeros o debajo de las piedritas. Yo escondía galletas Oreo para que las robara de ahí. Y me gustaba ver su carita pícara, sus bigotes manchados de chocolate después del hurto.

Pero, pese a la alegría del robo, a veces también pensaba que Marx estaba solo. Por las noches, cuando el sol de su mundo se apagaba, ¿qué pensaría? ¿Qué pensaría de ser el único de su mundo que inflaba su pecho al dormir, de ser la única criatura de todo su universo que hacía los ruiditos del sueño?

—¿Puedes crearle compañía? —le pregunté a mi hermano, días después—. Una hembra.

—¿Para qué se multipliquen y pueblen el mundo? —Mi hermano se rió—. No, Helena. ¿Quién se va a hacer responsable de un planeta entero en el que los zorros continúan por generaciones? Son demasiados recursos.

—Por favor —insistí.

—No —dijo él, con el ceño fruncido—. Es en serio. La complejidad matemática de un mundo así es exponencial. Yo no tengo con qué procesar eso. Además, estoy ocupado.

En los últimos tiempos, hablábamos poco. Mi hermano había salido en las portadas de varias revistas, tenía muchas reuniones con personas importantes. Conmigo, estaba distraído y ausente.

—Ya hay varios compradores adquiriendo aplicaciones del *software* y tengo mucho trabajo. Después, cuando caigan las ganancias, quizá podamos hacer lo que tú quieres —dijo, para tranquilizarme.

—¿Quiénes son tus compradores? —le pregunté.

Mi hermano se pasó una mano por la nuca. Otra vez estaba incómodo.

—Humm. —Apretó los labios. Pero tampoco me podía mentir—. Hay una empresa… interesada en combates entre bestias digitales. ¿Qué? Helena, no me veas así. Será todo inocente y de corte fantástico, como peleas Pokémon en un estadio.

—Pero… a ellos les duele —musité. Ni siquiera alcanzaba a sentirme molesta con él. Ni siquiera creo haberlo visto feo. Sólo… todo me parecía demasiado.

—Helena. —Mi hermano se llevó las manos al rostro—. Estás muy sensible. Le pones demasiada atención a lo que dicen en la prensa. Cree en nosotros. Ya deja el asunto en paz.

Tomé aire largamente. Sentí que había algo que tenía que decirle:

—Nunca te gustó que mi padre blandiera la fusta con sus animales —le dije—. Por eso no querías ser como él. —Lo miré, todo lo fijo que podía mirarlo a través de la mala calidad de la llamada—. Es cierto que no lo hacía mucho. Por eso a veces a mí se me olvida que ese también era Putin. Alto. Vigoroso. Y con la fusta.

Mi hermano me miró sin comprender.

—Tú creaste a Marx, pero no convives con él. Para ti es un juego —le dije—. Va a ser que, al final, tú eres el que más se parece a Putin de los dos.

Cuando colgué con mi hermano, pensé que tenía razón: ¿en qué me estaba convirtiendo? Ver a Marx correr en la nieve ya no me tranquilizaba. El blanco era el color que me apretaba con su tristeza: la tristeza de haberlo creado de una forma en la que no podía ir con él, no podía darle compañía, no podía darle la existencia completa de los seres vivos.

Sin embargo, Marx parecía tan feliz del otro lado. Era tan ajeno a mi dolor. Sus saltos. Su colita esponjada. Su naricita manchada del chocolate de las Oreo. Su vida era tan simple y a la vez tan imperfecta.

—No eres un Pokémon, Marx. Te creamos real.

Fantaseaba con que mi hermano y yo lo hubiéramos creado de otra forma. De una forma menos real. Fantaseaba con un sitio en el que yo no le coartaba nada a Marx, en el que Marx podía sanarme y podíamos vivir aventuras limpias. Hacer juntos la transmisión de las manzanas, sin que yo le arrancara bosque, compañía, existencia física… las partes de sí que no le permitían estar completo.

En ese sitio, tal vez estaba el Putin idílico de los calendarios —un Putin que, en realidad, no existía—. Y mi padre, con sus osos. Todos juntos, encantando a las bestias.

—Marx, no sé qué va a pasar en el futuro —le dije—. Mi hermano inaugurará estadios Pokémon. Tal vez la gente se convenza de que no podemos hacerles esto a ti y a tus hermanos. Tal vez la senadora Rangel legisle en contra de nosotros. No sé lo que pasará, pero quiero que tengas la mejor vida posible. Sólo que no sé cómo.

Marx me miró con sus ojitos ámbar y movió la cola, tan cerca de la pantalla, como si me comprendiese.

—Tú lo sabes mejor que yo. Anda, ve. Roba todo lo que quieras. Sé libre y haz lo que te haga feliz.

Mientras Marx corría por la nieve, pensé que aquel sitio con el que yo fantaseaba debía existir. Que ojalá existiera.

Ese era el cielo de los entrenadores Pokémon.

**Nota del archivista**

El término *zorro* parece haber englobado a varias especies de mamíferos pertenecientes a la extinta familia de los cánidos. Aunque la cultura del Cuaternario a menudo los representa como ladrones, estafadores e incluso demonios y corruptores de la moral, la presente no es la única pieza literaria hallada en el búnker en la que los *zorros* pueden domesticarse y convertirse en amigos.

**En el principio, los cocodrilos hablaron *kenjōgo***

Mañana, Cristina se pondrá el implante.

Cristina duerme a un lado de mí. Con los ojitos cerrados y una mano metida bajo la almohada, sonríe.

La miro. Le acaricio las orejitas que asoman entre su largo cabello lacio. Pienso en lo que ya no será. En la parte de Cristina que hoy he visto por última vez. Pienso en dónde quedará encerrada, inhibida; en si sus orejitas serán torres de formas orgánicas, antenas que ya no puedan transmitir señales de mi Cristina secreta, pues la Cristina secreta dormirá, bajo todos los pliegues de su órgano. Pienso en sus orejitas como monumentos de lo que fue.

Cristina. Todo era oposición en Cristina. ¿A qué se va a oponer ahora, con el implante?

La recuerdo en el sofá. En esta cama. En mi memoria, me señala con un tenedor mientras cocina.

“No me digas cómo hacer las cosas”. “Tú no me mandas”. “¿Yo? Yo hago lo que quiero, Héctor. Y lo haría otra vez. Lo haría mil veces”, dice mientras me saca la lengüita rosada y mueve la cabeza con un gesto infantil.

Incluso lo del implante lo dijo así:

—Castígame si quieres. Pero necesito hacerlo. Lo quiero hacer.

Pero eso no lo dijo para provocarme. Lo dijo como un chiste malo para liberar la tensión. Ella misma le daba tragos convulsos a su té, se jalaba una y otra vez la camiseta. Estaba muy nerviosa mientras me miraba desde la mesa de la cocina.

—Héctor, creo que quiero probar el implante —me dijo primero, sin preámbulo.

Me quedé callado.

—Pero… ¿para qué lo quieres probar? —Fui tan torpe que me tomó demasiado tiempo hacerle una pregunta tan simple.

—Pues para saber. Para experimentar —se explicó—. Yo siempre dije que, si se inventaban los viajes espaciales en el transcurso de mi vida, querría probarlos. No se inventaron los viajes, pero se inventó el implante. Se inventó otra forma de conciencia. Yo… —Sus ojos suplicaban—. Necesito saber, Héctor.

—Pero, Cristina, no puedes sóloprobarlo —le objeté.

Al desarrollar el implante, los científicos no lo planearon como algo reversible. Quizá porque el éxito de su revolución está condicionado a que vendan boletos de ida, pero no de regreso. O quizá porque el resultado del implante es tan promisorio que nunca pensaron que alguien podría arrepentirse.

Y quizá tengan razón. Hasta ahora, no hay nadie en el mundo que se haya arrepentido.

\*\*\*

*Especial nocturno de TVAzteca. El implante intracraneal: mitos y realidades.*

*Intervención de Karla Paniagua Cruz. Antropóloga y maestra en escenarios del futuro. Universidad Centro.*

¿No es curioso?

O sea, el implante fue algo previsto por la espiritualidad, no por la ciencia. Ni siquiera por las ciencias sociales. Ni siquiera a las políticas de identidad se les ocurrió una cosa como esta.

No, señores televidentes. Quienes llevaban décadas hablando de algo así eran los *new age.* Los *post-new age,* para ser precisos. Los creyentes del chamanismo, la ayahuasca; los que te hablan de cábala y alquimia, los lectores de Carlos Castaneda; los que creen en aliens y en civilizaciones de paz que vivían tranquilamente sobre la Tierra hasta que una especie muy belicosa vino a invadirnos desde Marte… todos esos loquitos ya decían que el cambio de la civilización tenía que ser mental. La madurez psíquica, vamos.

Todos ellos hablaban desde hace años de sociedades basadas en la cooperación y la armonía, no en la competencia.

Ellos ya hablaban de que en toda la naturaleza existen las relaciones de simbiosis y mutua cooperación. Y de que nosotros estamos mal cuando justamente lo que copiamos de la naturaleza no es eso, sino las relaciones de dominio y lucha por unos recursos que, en realidad, si tú te pones a pensarlo, alcanzan para todos.

Tenemos la tecnología para que la comida y la vivienda y la dignidad alcancen para todos, ¿estás de acuerdo? La tecnología ahí está. Sólo hace falta que nosotros cambiemos.

Ahora bien, el problema de estos *junkies* de la ayahuasca era: ¿cómo hacemos que todo el pinche mundo se dé cuenta? ¿Cómo provocamos el cambio masivo en toda la sociedad?

Yo llegué a escuchar ideas radicales —medio en broma, medio en serio—, que decían: “Bueno, ¿por qué no contaminamos el agua potable de todos los presidentes y empresarios con enteógenos?”, o sea, con estas famosas drogas para despertar la conciencia.

Pero esto, bueno… Obviamente, es una locura. Cualquier gurú serio te lo puede decir: irte a echar un peyotito con los wixaritari no basta para que tu conciencia se abra. Porque tienes que llevar un proceso espiritual, un camino de crecimiento que sólo puede ser voluntario.

Y creo que esta espiritualidad posmoderna sí estaba apelando a mucha gente. Y gente de todas las edades, eh. Yo creo que incluso les apelaba más que la ciencia, porque la ciencia está muy desprestigiada. Hay todavía una sensación como de que la tecnología sólo ha servido para explotar al prójimo con más refinamiento.

Entonces, la espiritualidad les apela. Pero imagínate. Imagínate el proceso serio de alcanzar un grado de conciencia tal que superes el instinto de competencia y sólo te quedes con el deseo de cooperación… Imagínate que la respuesta es convertirte en el Dalai Lama, pero tienes que iluminarte mientras trabajas doble turno para pagar tus deudas y el resto del tiempo sólo quieres relajarte. Sólo quieres perderte en Netflix, en el *scroll* infinito, en esta distracción sin límites que tenemos a nuestro alcance.

Pero entonces, para sorpresa de todos… Vamos, cuando nadie espera nada de la ciencia, llega la ciencia y dice: “No te tienes que ir al Tíbet, *brother.* Aquí está este implante”.

“Mira, tú nada más pide un par de días en el trabajo. Vente al hospital. Es un procedimiento relativamente sencillo. Encima, gratis, porque esto es para todos”.

Ellos quieren que sea para todos. Porque todos los profesionales que lo están ofreciendo ya se hicieron ellos mismos el procedimiento. Y por eso lo ofrecen gratis. Esto casi que es una prueba de que funciona. O sea, ¿qué otra prueba necesitas aparte de saber que a estos vatos ya se les apagó el deseo de lucrar?

Entonces, vas, te haces el procedimiento y, en cuanto despiertas, ya estuvo.

Ya diste el salto espiritual.

La ciencia resolviendo las preguntas de la espiritualidad. ¿Ves por qué te decía que es muy curioso?

\*\*\*

Si la primera tarde que Cristina aceptó ir a jugar videojuegos al piso que rentaba yo solo, me hubieran dicho que algún día habría de cuidar su sueño con esta sensación de ultimidad; que no querría dormirme porque, ¿cómo voy a pasar esas horas sin ella? ¿Cómo será su sonrisa después del implante? Si ese día me lo hubieran dicho, habría pensado: “Claro que sí. Cristina es justo el tipo de chica que lo dejará todo, que me dejará a mí por hacerse un implante dentro del cráneo”.

Ese día hablamos en el sofá. Tomamos los controles porque pretendíamos jugar una partida de algo, pero nunca tuvimos tiempo. La tarde se nos escurrió solamente hablando. Le serví en un vaso la bebida que le compré cuando pasamos al súper antes de llegar a mi departamento. Era un jugo, nunca supe de qué era, pero se veía artificial y radiactivo.

En algún momento, le pregunté si nunca le habían ofrecido trabajar como traductora en las armadoras de coches. Ya no era un secreto que el Bajío estaba lleno de armadoras japonesas y que contrataban a casi cualquiera que hablara cinco palabras de japonés. También se rumoraba que los sueldos de los traductores eran muy altos.

—¡Ja! ¿Estás loco? —Cristina me miró con su vaso radiactivo a un lado de su carita sonriente.

Me había dicho que era profesora de japonés y de literatura asiática. Su nivel del idioma era muy alto para no ser nativa.

Me dijo que, si uno quiere dedicar su vida a algo retorcido, hay que dedicarla a aprender japonés. Yo había estudiado un poquito, en mi adolescencia, básicamente porque me gustaba el anime. Y tenía claro que era algo retorcido, pero no estaba consciente del alcance.

Cristina me explicó que los japoneses tienen distintas formas de hablar. Lenguajes dentro del lenguaje.

*Futsūtai*, para usar con la familia y con los amigos. El *futsūtai* es el lenguaje de la calidez y de la cercanía.

—De hecho, el *futsūtai* es la lengua materna de los japoneses —me dijo—. Porque imaginarás que una madre no le habla a su bebé con retórica ni con retorcimientos honoríficos —se rió.

*Teineigo*, cortés e impersonal. El lenguaje para mostrar respeto a los extraños en la calle o para pronunciar un discurso frente a una audiencia.

Y *keigo,* el lenguaje honorífico propiamente dicho. El *keigo* se expresa de dos formas: *sonkeigo*, para que todo lo que digas enaltezca al interlocutor. Y *kenjōgo,* para disminuirte, para borrarte. El *kenjōgo* es como hablar al tiempo que te convulsionas en reverencias. No importa si dices: “¿Quieres ir al parque?” o “Me gustan las películas de acción”, al mismo tiempo hay un discurso paralelo con el que dices: “Para servirle a usted, que es tan grande”. “Todo lo hago por usted, mi señor”.

Cristina dijo que era cierto que los sueldos de los traductores de las armadoras eran altos.

—Pero imagínate. Si el ambiente de las oficinas ya es servil, ahora imagínate que tienes que hablarles a los jefes en *sonkeigo* y en *kenjōgo* todo el tiempo. Todo el tiempo reverenciándolos. Todo el tiempo haciéndote menos. —Cristina se estremeció. No fue un estremecimiento físico, sino burlesco—. Ugh. Yo no lo haría por ningún salario. Qué horrible.

—A ver —le dije, con una mueca maliciosa—. Dime algo en *kenjōgo*.

—No —zanjó con una sonrisa traviesa.

—Anda. Quiero darme una idea de por qué te repugna tanto.

“No”. “¿Delante de ti? Nunca.”, se resistió. Pero yo también insistí. Y Cristina continuó con su resistencia entre risas. Parecía resistirse con un lenguaje paralelo que decía: “Me muero de ganas. Pero te haré creer que no había nada más contrario a mi voluntad que complacerte”.

Al final, dijo:

—Bueno, pero sólo lo hago porque es nuestra primera cita. Nunca más lo escucharás en tu vida, eh.

Bajó los ojos, bajó la cabeza en un ligero ángulo lateral y dijo algo que ahora mismo lamento no ser capaz de reproducir del todo:

—*Kimi sama, o me ni kakarete yokatta.*

Luego alzó la cabeza. Tenía las manos sobre el regazo. Toda su postura proyectaba serenidad. Su sonrisa era amplia y sus ojos negros estaban iluminados. Fue la primera vez que la vi ser tan inocente.

Pero, menos de un segundo más tarde, abolió su gesto y su postura. Sus labios se torcieron y sacó la lengua con asco, aunque nunca dejó de sonreír.

—¡Iugh! —exclamó—. ¿Ves lo que me haces hacer? Eres una persona indeseable.

—¿Y por qué has tenido una cita larguísima con una persona tan indeseable, eh? —le hice notar.

Cristina no dijo nada. Sólo enrojeció.

Pero tendríamos más citas. Y haríamos mil cosas juntos, aunque Cristina nunca pudiera ahorrarse esas palabras: “Eres una persona indeseable, Héctor”. “Eres lo peor”.

—*So*, yo sé que no me haré millonaria siendo profesora —dijo después—. Pero tengo libertad, ¿no? Tengo mis clases en una pequeña academia. Mis clases particulares. Mi cátedra de literatura asiática en la universidad. No estoy al cien con nadie —se jactó—. Yo no tengo ningún amo.

Cristina odiaba la idea de los amos. No sólo para ella, sino en general. Tener un amo —es decir, para el caso: un empleador o cualquier persona que le dijera qué hacer— le parecía anticuado, repugnante, superfluo.

Por eso, yo habría creído desde el principio que ella sería la primera en correr por el implante.

Pero, con el tiempo, entendí que no era verdad. Estaba cometiendo un error de apreciación. Y sólo el tiempo me hizo comprenderlo de forma precisa: a Cristina le importaba tanto no tener un amo que la idea misma de tener un amo era vital, por oposición.

Cristina necesitaba fuerzas que desafiar. Necesitaba enfrentarse a poderes más grandes, a la altura de su desafío.

Mañana, cuando se ponga el implante, cuando la idea de tener un amo no sea desafiable porque será gris, inconducente, ¿a quién piensa desafiar Cristina?

\*\*\*

*Intervención de Martín Casillas Frenk. Neurobiólogo. Universidad Nacional Autónoma de México.*

Todavía hoy, hay gente que cree que la maldición del ser humano es la inteligencia. En mi opinión poco versada, creo que esto es una herencia bíblica porque, ¿qué es lo que nos ofrece la serpiente? El fruto del árbol del conocimiento. Tener conocimiento es lo que nos expulsa del paraíso.

¿Por qué? Porque, de algún modo, lo que sentimos es que la inteligencia es lo que nos pone por encima de todos los demás seres. Los televidentes estarán de acuerdo conmigo en que relacionamos a la inteligencia con el dominio.

Si yo viera un árbol y yo estuviera todavía en el paraíso, me fundiría con el árbol. Sería uno con el árbol y con toda la naturaleza y los animales, en una imagen idílica y espiritual como las que evocaba la maestra Paniagua. Pero, como soy un ser racional expulsado del paraíso, veo el árbol y lo que pienso es: “Voy a tumbarlo para hacerme un hacha. Y, con el hacha, voy a tumbar más árboles y voy a construir casas y civilización y tecnología y cultura”.

Parece que la inteligencia, que nuestro neocórtex es lo que nos arroja hacia la depredación, hacia el vicio de explotar a la naturaleza y al prójimo.

Pero esto no puede ser más falso. No puede serlo. Es una mentira que el neocórtex es nuestra maldición.

Nuestra verdadera maldición —si se quiere usar esta palabra: maldición— es que no existe el diseño inteligente. Es que la evolución es caótica y caprichosa y no nos moldeó con un ser humano ideal en mente.

No. La evolución nos moldeó saliéndole al paso a los retos ambientales que había en ese momento. Entonces, nuestro cerebro está lleno de estructuras vestigiales que tal vez fueron una solución en algún momento, aunque ya no lo sean ahora.

El cerebro es un órgano antiquísimo. Tenemos la huella de toda la evolución, de todo lo que hubo antes de nosotros para que llegáramos a ser lo que somos. Arrastramos los cerebros de los peces y de los reptiles y de los primeros mamíferos.

Hace muchos años se hablaba del modelo de cerebro triuno de MacLean. Y lo que MacLean decía era que tenemos un cerebro reptil, muy instintual y primitivo, relacionado con la competencia y la jerarquía y las conductas rituales; y encima el sistema límbico, asiento de las emociones presentes en todos los mamíferos; y encima, el neocórtex, culmen de la inteligencia humana…

Hoy sabemos que el cerebro triuno de MacLean no es una verdad incuestionable. Pero, aun así, sigue siendo cierto que, adentro de nosotros, tenemos una herencia cerebral muy primitiva. Nuestras estructuras complejas están sobre las estructuras primitivas, sin anularlas. El ser humano racional no anula al mamífero anterior y ese mamífero no anula al reptil.

Quiero hablarles de un concepto que se presenta en animales sociales menos inteligentes que nosotros: la dominancia. En las especies sociales, la dominancia se expresa como conductas de agresividad, competencia y lucha entre los ejemplares del mismo grupo.

El dominante suele ser un ejemplar fuerte, con características físicas mejor desarrolladas que las de los otros ejemplares. Gracias al ejercicio de la agresividad, el ejemplar dominante logra que aparezcan los ejemplares sumisos a su orden. ¿Por qué? Porque someterse tiene un coste energético menor a pelear contra alguien a quien no puedes ganarle.

Y, entonces, los ejemplares sumisos aceptan que el dominante tenga acceso a la mayor cantidad de recursos y a la mejor parte del hábitat, la más protegida de los depredadores. Lo cual, a su vez, perpetúa la dominancia del dominante, porque hace que sus crías sean igualmente más fuertes y estén más desarrolladas.

Incluso, los ejemplares sumisos aceptan el liderazgo y las decisiones del ejemplar dominante. ¿Por qué? Porque la presencia del ejemplar dominante también significa protección, significa que hay alguien fuerte que puede enfrentar a los depredadores.

Ahora díganme. ¿Algo de todo esto les suena a nuestra sociedad? ¿Luchas por el poder político y económico? ¿Una minoría que tiene más que los demás? ¿Desigualdad perpetuada a través del capital y las herencias? ¿Fe en que los poderosos pueden proteger nuestras naciones y generar riqueza y empleos?

Y díganme también: ¿Esto tiene algo que ver con la inteligencia?

No. Esto tiene nada que ver con el neocórtex y todo que ver con las estructuras primitivas del cerebro. El neocórtex, a lo mucho, nos permite el refinamiento en la explotación, como decía la maestra Paniagua.

Pero no es el origen.

La razón por la que no podemos ser animales cooperadores y vivir en esta beatitud del paraíso es porque seguimos pensando en competir. En acumular. En tener más recursos y ser el dominante. Porque al dominante le va mejor y tiene mejor casa y más comida y más posibilidades para su descendencia.

Piensen en toda nuestra cultura. En las manifestaciones torcidas que tiene la dominancia en la cultura mexicana: “El que no transa no avanza”. ¿Y por qué hay que avanzar? Porque el que avanza es el dominante. El que no transa es un perdedor sumiso. Piensen en esta fijación por chingarnos al otro porque no sea que el otro se chingue primero a los nuestros.

Y la dominancia también está en las luchas sociales. También el feminismo y los movimientos de reivindicación indígena y de derechos de las minorías sexuales son luchas por la dominancia, es querer jalar agua para el molino del sumiso. Es el sumiso diciendo “Hasta aquí”, con justa razón e incluso ejerciendo la violencia.

Pero el triunfo del sumiso no anularía esta dicotomía en la que estamos metidos. No podemos superar las desigualdades porque ni toda la teoría social que hemos hecho abole la circunstancia de que somos primates, muy inteligentes, pero controlados en bajo perfil por reptiles que están vueltos loquitos. Loquitos por dominar, por tener más recursos y más poder para ellos o, en el mejor de los casos, para su grupo.

Si lo quieren ver así, la expulsión del paraíso no es comer del fruto del árbol del conocimiento. La expulsión es la serpiente. Es hablarle a la serpiente y reconocernos en ella.

Adoptar el implante, entonces, es dejar de reconocernos: cortar vínculos con la serpiente. El implante nos ofrece la posibilidad por fin de anular las partes de nuestro cerebro que no nos sirven, de inhibir todos esos canales obsoletos del complejo reptil y convertirlos en lo que deberían ser: órganos vestigiales, como el apéndice.

Debemos estar agradecidos porque la neurociencia ya nos permita identificar caminos neuronales muy precisos. Y hacer la evolución cerebral a nuestra medida: conservando lo necesario y bloqueando todas las sinapsis que no nos sirven.

Si las estructuras reptiles de nuestro cerebro no son todavía un órgano vestigial es porque nunca hemos dejado de usarlas. Pero confío en que, conforme toda persona sensata inhiba esas sendas neuronales de forma voluntaria, estas estructuras sufrirán por fin la atrofia que les corresponde.

\*\*\*

Debí prever que, algún día, la ciencia iba a interesarse por los reptiles.

También, en esa primera cita, le hablé a Cristina de nuestra conexión secreta con los lagartos.

Cristina seguía diciéndome que sí, le interesaba mucho la lengua y la cultura asiática. Pero, incluso para ella, no dejaba de ser un enigma por qué había decidido dedicar su vida a algo tan caprichoso y específico. Porque, además, había cosas muy claras que despreciaba de su tema de estudio.

—O sea —me dijo—, el japonés es una lengua aberrante. ¿A quién se le ocurre inventar una forma de discurso que es así, que marca todo el tiempo tu posición frente a los otros? Qué manía por jerarquizarlo todo.

—Bueno, Cristina. Sé indulgente. Los humanos hacemos lo que podemos con el cerebro que nos fue dado —le dije, mientras veía cómo me miraba a corta distancia de mí, en el sofá, con la barbilla apoyada en una mano.

Me miraba con curiosidad, pero también con escepticismo.

—Mira, hoy vemos a la gente enfrascada en toda clase de esfuerzos por la igualdad —me expliqué—. Y es muy deseable. Pero puede que nunca logremos la perfección a ese respecto porque, probablemente, no somos una especie igualitaria. En la naturaleza, las especies que viven en mayor igualdad son las especies solitarias. En cambio, las especies que tienen estructuras sociales tienden a ser jerárquicas. Parece que estar juntos nos condena a que unos tengan más poder que los otros.

Y le dije que, fuera bueno o malo, eso era tan antiguo como los reptiles. De hecho, incluso más antiguo, pues las estructuras cerebrales vinculadas a la conducta jerárquica son mucho más primitivas que los reptiles modernos.

—Pero, para el caso, el nombre popular que se les da a esas estructuras es cerebro reptil. Así que puedes imaginarte que la jerarquía es tan antigua como los reptiles. Si los reptiles pudieran hablar, el *kenjōgo* sería tan antiguo como ellos.

Mientras decía eso, me imaginé algo muy ridículo que normalmente no habría compartido con nadie, pero con Cristina lo compartí. Y fue un acierto. A ella podía compartirle esas extravagancias mentales que no eran graciosas, pero que a mí sí me lo parecían.

—Imagínate un pantano del inicio del tiempo, en el que los cocodrilos se hablan unos a otros, pero en *sonkeigo* y en *kenjōgo*. En *sonkeigo* para enaltecer a los cocodrilos más fuertes. Y en *kenjōgo* para borrarse, mientras hacen reverencias. ¿Te imaginas a un cocodrilo haciendo reverencias?

A Cristina se le escapó un resoplido de risa por la nariz.

—¿Cocodrilos con corbatita de moño y haciendo reverencias mientras bailan un ridículo vals?

—Exactamente. —Nos reímos los dos.

Después, ella se me quedó viendo.

—En el principio, los cocodrilos hablaron *kenjōgo* —dijo, solemne—. Es casi una frase bíblica, ¿te das cuenta?

—Sí. Incluso se podría reemplazar esa línea que está en no sé qué parte de la Biblia: “En el principio, estaba la palabra y la palabra era el *kenjōgo* y…”

Cristina se rió.

—¿La palabra era el *kenjōgo*? Pero, ¿qué no se supone que la palabra era Dios? Dios no puede pensar en sí mismo en términos de *kenjōgo* —protestó—. El día que Dios hable *kenjōgo…* el universo hace cortocircuito, probablemente.

\*\*\*

*Intervención de Máximo Reynoso González. Sociólogo. Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México.*

El doctor Casillas Frenk decía hace un momento que ojalá todas las personas sensatas tomáramos la decisión de inhibir al reptil de nuestro cerebro. Pero yo sé que hay una preguntita que muchas personas bienintencionadas que nos ven desde su casa se están haciendo.

Esa pregunta a mí me la han hecho varias veces: “Oye Máximo, ¿pero qué pasa si yo, que soy una persona de buena voluntad, voy y me pongo el implante. Pero los oscuros, los poderosos, los gobernantes, la gente que se aprovecha de los débiles no se lo pone? ¿Una vez que me ponga el implante y que renuncie a la agresividad, no voy a estar yo vulnerable, incapaz de defender mis derechos? Y, a fin de cuentas, como el implante es voluntario —y siempre será voluntario, pues el implante nunca será una medida totalitaria—, ¿qué pasa si toda la gente mala no se pone el implante y se aprovecha de toda la gente buena que sí nos lo pusimos?”

Es una preocupación muy válida por parte del buen ciudadano.

Voy a tratar de responderla desde lo que conozco, que es el fenómeno religioso.

Yo me atrevo a decir que a todas las personas que hemos vivido lo suficiente, nos ha tocado ver el siguiente fenómeno: todos tenemos un amigo, un familiar, un conocido… Alguien que hasta podía ser la persona más atea que conocíamos. Pero un día, algo le pasa a esta persona, y de buenas a primeras, se convierte a una religión.

Nunca fue católico, nunca iba a misa, pero, de repente, ya es Testigo de Jehová. O ya es de la Luz del Mundo. O ya pertenece a alguna denominación cristiana muy recalcitrante. O hasta a alguna secta oscura, o de santería, o de la Santa Muerte, o lo que ustedes quieran.

Y parece que esta gente, mientras más le exija su religión, está más feliz. Mientras más estrictas sean las normas, mientras más férreos sean sus líderes, mientras más renuncias se le pidan, mejor.

Y ahí tienes a las mujeres de la Luz del Mundo, con sus faldotas largas y orando de rodillas por su líder acusado de abuso sexual. Y a los cristianos participando en rituales de mutua humillación por sus pecados y pagándole unos diezmos tremendos a su pastor.

Y la gente lo busca. Está ahí, voluntariamente.

Este tema ha sido siempre para mí La Gran Pregunta. Así, con mayúsculas. ¿Por qué la gente, en esta sociedad secular y bastante libre en la que vivimos, siente la necesidad de buscar a un líder al cual someterse?

La respuesta que se me ocurre en este momento, a la luz de lo que hablaba el doctor Casillas Frenk, es que nuestro instinto, digamos, jerárquico, no se manifiesta sólo como el deseo de dominancia. El doctor hablaba del deseo de competir, de ser más, de tener más recursos y más poder.

Pero yo creo que ese instinto tiene una contraparte. Hay también en muchos de nosotros un deseo de sumisión. De tener menos y ser menos, no importa. Todo con tal de que haya ahí delante una figura luminosa a la cual admirar. No sé. A lo mejor porque, en este mundo en el que somos los mayores huérfanos, es fuerte nuestra necesidad de un padre, de alguien que nos guíe y nos señale con sus dedos firmes hacia la verdad.

Y ese instinto de sumisión —esa orfandad, si se quiere— también tiene su asiento en el cerebro reptil.

Después de todos estos años que he estudiado el fenómeno religioso, les puedo decir una cosa: un líder no es nadie si no tiene adeptos. Y los adeptos no son adeptos si no tienen fe y convicción.

Lo que se espera que ocurra con el implante —es decir, de manera masiva, porque ya ocurre en lo individual— es que no sólo desaparecerá el deseo de dominancia. También será anulada la necesidad de sumisión. Y si un líder ya no nos satisface nada porque ya no hay ninguna necesidad que satisfacer, ¿para qué vamos a ser sus adeptos?

Con el implante, la dominancia del otro deja de tener sentido en el individuo. El individuo es inmune a la autoridad. Ya no puede obedecer ni desobedecer porque esos *switches* ya no están en su cerebro. El líder ya no es nadie para él.

Claro, el líder puede seguir ejerciendo la represión. Ya sea con sus propias manos o a través de los pocos adeptos que le queden. Pero lo que se espera es que la autoridad que se atribuye a sí mismo el líder, que la misma represión, sean conceptos que mueran de resequedad. El líder mismo se dará cuenta de que ya no tiene ningún poder.

El líder, en el ámbito religioso, se quedará incluso sin el argumento de la autoridad de Dios. Porque, una vez que el implante se generalice, el fenómeno religioso no desaparecerá, pero lo más seguro será que mute.

Migraremos de esta idea del Dios que es como un padre protector, pero autoritario, hacia una espiritualidad más panteísta. Entenderemos a Dios no como un ser separado y superior, sino como la sustancia mística en la que existimos. “En Él vivimos, nos movemos y somos”, diremos, como en los Hechos de los Apóstoles.

Y entonces, cualquier líder que siga diciendo “Obedece a Dios o te castigará”, se dará cuenta él mismo de que es ridículo. El líder mismo cederá a la sensatez. Los poderosos mismos correrán a ponerse el implante.

\*\*\*

Normalmente, no habría salido con una chica como Cristina. Es decir, no habría salido con ella sin *preguntárselo*, sin ponerle las cartas sobre la mesa desde el día cero.

Pero a ella la conocí de forma casual y me gustó mucho desde el primer día. Y siempre que se lo quise preguntar, me parecía que tal vez había habido un buen momento en el pasado o lo habría en el futuro, pero que este era el peor para decir algo así.

Pensé que las cosas tomarían su curso, que se iban a desinflar, igual que se habían desinflado en las pocas experiencias similares que había tenido antes.

Lo normal era que, si yo no iniciaba el sexo, lo hiciera ella. Y entonces las cosas saldrían mal. Yo sabría desempeñarme varias veces pero, conforme se sucedieran los encuentros, alguno de los dos —probablemente ella— decidiría que este no era el tipo de relación que estaba buscando.

Sin embargo, Cristina nunca hizo nada por iniciar el sexo.

Nos veíamos varias veces por semana. Hacíamos toda clase de cosas: más tardes disueltas en la conversación, paseos por los parques, salidas a comer al local que era mi centro de operaciones; tardes en las que sí logramos jugar duelos virtuales y echarnos maratones de los mejores animes de *mechas*.

Ella tomaba mi mano. Sus dedos finos. Su toque eléctrico. Pero era todo tan sutil.

Yo la tomaba por la cintura y sentía su cuerpo frágil, completamente abarcable entre mis brazos. Nos besábamos. Ella ponía una mano sobre mi pecho y me miraba hacia arriba, más que con ternura, como si me interrogara. Como si suplicara algo.

Nunca hacíamos nada más.

Pero, en una cita completamente casual, mientras cenábamos en su casa unas hamburguesas que habíamos traído de la calle, se interrumpió en seco y me dijo:

—Oye. Me gustas mucho. —No me miraba. Se puso a jugar con el sobrecito de catsup para liberar la tensión—. Me gustas tanto que lo he tenido que postergar porque no quiero que te burles de mí y no quiero que me digas la verdad. Pero…

Cristina levantó los ojos hacia mí.

—¿Pero qué?

—No estás obligado a entenderme —me dijo—. Ni a quedarte conmigo después de lo que te voy a decir.

Cristina no se lo había dicho a casi nadie. Con esa claridad, por lo menos, sólo llegó a decírselo a una amiga suya.

En la fresca terraza de un café, su amiga le dijo:

—Cris, no te estoy diciendo que estés mal. Ni que me des asco ni nada. Pero analízate. O sea, piénsalo. Vivimos en un mundo en el que la esclavitud está abolida, ¿no? Vivimos en un mundo libre. Ahora imagínate que alguien solicita voluntariamente ser un esclavo. Imagínate que un día alguien va y se pone a gritar afuera de un Walmart: “¡Walmart, por favor, esclavízame!” ¿Tú crees que Walmart se opondría? Obvio no. ¿Mano de obra gratuita a cambio de darle latas echadas a perder y dejarle dormir en una bodega? ¡Denme más esclavos voluntarios!

Yo conocía a su amiga. Cristina tenía amigas así. Podía imaginar su cara de malicia intelectual al formular un planteamiento tan raro.

—Todos estarían felices con la situación: Walmart y el esclavo. ¿Pero dirías que fue válido lo que pasó?

»Yo sé que tú, que la gente como tú habla de consentimiento. Pero es que el consentimiento no puede avalar esas cosas. No puedes consentir a tu propia explotación, Cris.»

Cristina asentía en silencio mientras su amiga le decía aquellas cosas.

—Analízate, de verdad. No te digo que no puedas practicar lo que tú quieras en la cama. Pero tienes que ser congruente. Los actos privados son políticos también. Piénsalo. Yo digo que es tu interiorización del patriarcado. Si las mujeres nunca hemos tenido otra opción que someternos, pues es obvio que algunas le hallan el placer.

Cristina lo pensó.

También pensó en otra hipótesis, parecida a la del síndrome de Estocolmo como estrategia evolutiva.

—Lo que pensaba es que la nobleza siempre ha sido un porcentaje mínimo de la población —me dijo, serena, pero sin mirarme—. Todos somos descendientes de siervos. De esclavos. La libertad es relativamente reciente. Y no es absoluta. ¿Qué tal si enamorarse del amo siempre ha sido una estrategia relativamente buena de supervivencia?

Me miró.

—Pero yo… Héctor… —Su meñique rozó mi mano sobre la mesa, a un lado de las hamburguesas ya frías—. El primer día que hablé contigo y me dijiste eso… Lo del *keigo* y los reptiles. Dijiste que era algo tan antiguo. Y yo pensé: “Bueno, si es tan antiguo, a lo mejor de veras es natural. A lo mejor de veras no tiene sentido oponerse”.

»Y, si la jerarquía es algo que está en nuestra naturaleza, a lo mejor yo la reconozco como necesaria. Pero me opongo a todo porque todos me parecen unos paletos. Nadie me parece digno. Pero…»

Cristina posó de lleno su mano sobre la mía y entrelazó mis dedos con fuerza. No me miraba. Miraba sus piernas, cruzadas en flor de loto sobre la silla de su antecomedor.

—Héctor, yo te admiro. Tú no eres un paleto. Tú eres el antónimo de los paletos. Si hay alguien a quien podría someterme voluntariamente, es a ti.

Sus ojos se alzaron.

—Si hay alguien a quien *quiera* someterme, es a ti.

Hablaba de someterse, pero su mirada era una mordedura sólida sobre la mía.

—La verdad es que yo… sólo disfruto del sexo cuando hay *esas cosas*.

»Mi cabeza es el pantano. En mi cabeza está esa persona que quiso ser esclava de Walmart. En mi cabeza, los cocodrilos hablan *kenjōgo.* —Dejó escapar una risa nerviosa—. Esa es la verdad.»

\*\*\*

*Intervención de Virginia Vega López. Psicóloga del desarrollo. Universidad Nacional Autónoma de México.*

Se espera que todos los ámbitos sean permeados por una tendencia más igualitaria. No sólo la religión, como decía el doctor Reynoso. Esperamos que una tendencia hacia la igualdad alivie las tensiones de género, los conflictos étnicos, raciales y de diversidad sexual; incluso se espera una revolución en lo laboral y en lo económico.

Prepárense porque, en cuanto se generalice el uso del implante, viene la era de las empresas e incluso de los gobiernos horizontales; de las cooperativas, las organizaciones autogestivas y de corresponsabilidad. Surgirán modelos de organización que apenas hemos atisbado en lo teórico, siempre con un dejo de utopía.

La cultura meritocrática perderá vigencia. La gente dejará de trabajar por un premio o por un ascenso de poder o de bienestar económico. Se viene la era de hacer las cosas bien porque nos gusta, porque nos satisface trabajar por el bien comunitario.

Y esto, en turno, se traducirá en igualdad y justicia económica porque ya nadie acaparará: todos tomaremos los recursos que necesitamos.

Se los digo a todos: las proyecciones para el futuro de veras, de veras que son alentadoras.

Es maravilloso todo.

Hay un asunto, sin embargo, que casi nadie está queriendo discutir. No quiero ser la aguafiestas, pero es que, señores, esto tiene que hablarse también.

¿Alguien aquí ha pensado en lo que va a pasar con los niños?

Miren, la realidad es muy clara: los seres humanos nacemos en una estructura jerárquica obvia que es la familia. Pasamos nuestros años de desarrollo escuchando que tenemos que obedecer a nuestros padres y maestros, sabiendo que el poder que tenemos sobre nosotros mismos y sobre el mundo es bastante exiguo.

Es triste decirlo así, pero la infancia y la adolescencia, por su condición de inmadurez, están sujetas a la jerarquía de los adultos. Los niños y los adolescentes son la única población a la que, si intentara liberarse de su sumisión a nosotros, no la tomaríamos en serio. Son la única población contra la que, por lo menos en un país bárbaro como este, todavía es legal ejercer la “violencia correctiva”.

Por eso, es un gran enigma qué es o cómo pueden ser las “infancias no jerárquicas”. Y no sólo es un enigma. Es algo muy delicado también porque el implante no ha sido probado en niños.

La cosa es que… alterar el cerebro de un niño, sin tener todavía clara cuál será la repercusión en su desarrollo psíquico y neurológico… Esto es incluso poco ético.

Por otro lado, hay un segundo enigma, paralelo al primero: tampoco sabemos cómo será la paternidad no-jerárquica. ¿Cómo harán los padres para establecer límites que creemos benéficos para un ser humano en formación? ¿Cómo ejercerán la autoridad cuando sus cerebros ya no estarán programados en términos de autoridad y jerarquía?

Si nuestro cerebro hubiera dado un salto evolutivo nato, las respuestas a estas preguntas nos vendrían de forma orgánica. Los niños, probablemente, nacerían preparados para un mundo no jerárquico. No requerirían de nuestra guía y nuestra protección. Quizá hasta nacerían sabiendo qué es lo que más les conviene.

Me da pena decirlo, pero creo que el tema de la infancia es lo único que pone de manifiesto la falla del implante: su carácter artificial, su carácter de parchadura sobre la naturaleza humana.

Esto no es propaganda contra el implante. Simplemente soy honesta: el implante planteará retos en cuanto a la paternidad y la familia.

Quizá los padres que ya han tomado el implante irán descubriendo nuevos estilos de crianza. Creo que el futuro puede ser alentador.

Pero también es muy probable que, mientras no se investigue más sobre el tema, la legislación seguirá firme: no se permitirá el uso del implante en menores de edad.

Por lo tanto, los niños y adolescentes seguirán codificados en términos de jerarquía en un mundo que ya no será jerárquico. Se requerirá que los niños sigan reconociendo la autoridad de padres y maestros. Los niños y adolescentes, por así decirlo, seguirán siendo la única población “oprimida”, el único grupo con ciudadanía a medias.

Esto es terrible, pero también veamos el lado luminoso. Esto quiere decir que, en el futuro próximo, la interpretación jerárquica del mundo será la interpretación infantil. La jerarquía será cosa de la infancia y la igualdad será la adultez. El implante será el rito de paso.

No habrá ciudadanía, no existirá madurez social sin implante.

\*\*\*

Sentí un alivio líquido en el cuerpo. Sentí su pantano y mi propio pantano vencer los diques del cerebro y derramarse hacia el pecho, hacia el estómago, con frescor. Me aliviaba tanto escucharla decir eso.

Era la única pieza que nos faltaba.

Abracé a Cristina y le dije que no la iba a dejar nunca. Pero que, de todas las cosas, esa era la última por la que pensaría en dejarla.

Cristina no era sumisa, sin embargo. Aunque podía serlo, si uno le buscaba el modo. Era, por el contrario, lo que se conoce como una *brat*. Es decir, Cristina era, a su manera, como una niña que ansía portarse mal y que todo el tiempo busca la voz severa, la mano firme de la “disciplina correctiva”.

Para muchos dominantes, tener una *brat* es un límite duro. El dominante común espera que un sumiso sea alguien dócil que se exprese de él con veneración, no alguien que le saca la lengua porque nunca nada le parece. No alguien que siempre lo pone a prueba, que espera que lo persiga y se enfrente a su resistencia indomable: que sea él quien lo orille a la rendición.

Después de confesármelo, lo que vino no fue aquello de “someterse a mí”. Lo que vino fue una travesura constante. Un perpetuo estado de alerta que se intensificó cuando nos fuimos a vivir juntos.

Si, por ejemplo, le decía a Cristina que quería dormirme temprano porque al día siguiente tenía una excursión de campo, ella se ponía la piyama. Se arreglaba muy presta y se metía a la cama conmigo, así fueran apenas las nueve de la noche.

Pero, apenas estábamos los dos debajo de las cobijas, pegaba sus nalgas redonditas a mi cuerpo y me decía, muy tímida:

—Creo que se me cayó el pantalón.

—Ajá, se te cayó el pantalón —repetía yo, con sorna. Consciente del efecto de sentir sus piernas suavecitas contra mi pene. Le tocaba la ropa interior. Claro. Descubría su maquinación terrible, su alevosía desde antes de ponerse la piyama: una tanga finísima y de tejido transparente—. ¿No te dije que me quería dormir temprano?

—Bueno —se excusaba—. Que a mí se me caiga el pantalón no te impide dormir temprano. En realidad, si no te duermes temprano, es meramente culpa tuya. Tú eres el que está cayendo. Yo me limito, en toda inocencia, a no tener pantalón.

—Cállate, que te voy a coger, pero también te voy a azotar, por maquinadora —le decía yo, firme—. Tráeme el *flogger* y ponte en posición, con las nalgas arriba.

—No —decía ella, con un “no” corto. Infantil, pero resuelto—. Tú no me mandas.

Yo le dirigía mi mirada amenazante. “Mírame amenazadoramente”, me decía ella, a veces, cuando nos despedíamos. Que la mirara amenazadoramente desde la puerta de la casa: eso quería antes de verme partir.

—Ya llevas quince. Por cada segundo que te tardes, te voy a dar cinco más. Apúrale. Uno… dos…

Al final se rendía, por supuesto. Y, cuando íbamos en el azote número diez y sus nalgas se ponían rositas, como frutos forzados a la maduración, yo le volvía a preguntar:

—¿Quién te manda, entonces?

—Tú, mi señor —me respondía, enfurruñada.

Sobre el azote número veinte, cuando gemía y sudaba y le costaba mantener la posición, pero de todos modos lo aguantaba todo con dignidad, yo volvía a preguntarle y su respuesta era:

—Usted, mi señor —suspiraba—. Usted me manda.

Me gustaba verla rendida. Me gustaba que acurrucara su cabeza sobre mi pecho cuando terminábamos. Tocaba sus mejillas y sus orejas entre el cabello revuelto. Sentía su carne tierna. Cuando me besaba, sentía sus labios hinchados de devoción.

Su voz era como la de un cachorro en esos momentos. Era un estiramiento suave de los músculos de la primavera.

—Estoy feliz de estar contigo —me decía—. Yo debo amarte más porque otras chicas sólo aceptan caricias de sus novios. Yo acepto el dolor también.

Entonces me decía que, en este mundo en el que vivimos aislados en la membrana del cuerpo, incomunicados; en este mundo en el que nuestro cuerpo y nuestra voz son un gran guante de goma que nos impide tocar a los otros, aceptar que el otro nos hiera es la única forma de ser tocado. “Qué mayor comunión que sangrar juntos, que sangrar por ti”.

—¿Imaginas una intimidad más profunda que la de un condenado y su verdugo que comparten un beso antes de la ejecución?

Otras veces, calificaba lo mismo que había dicho como: “Qué *creepy*”. “¿Por qué me dejas pensar cosas así, Héctor?”

Creo que también se avergonzaba. Esa mezcla de fascinación y vergüenza es quizá lo que define a la gente como nosotros.

¿Por qué? ¿Por qué a otra gente no le pasaba y a ella sí?, se preguntaba a veces, en voz alta.

Para quitarle tensión al tema, a veces yo la *kinkshameaba*. La hacía enrojecer, pero también matarse de risa con sus propios deseos.

Cuando empezamos a escuchar lo del implante e internet se llenó con las cápsulas informativas, con los programas en los que múltiples expertos especulaban sobre las ventajas del tema para todas las personas y en todos los ámbitos, una vez salimos a un bar y yo le sugerí la siguiente idea:

—Imagínate que te pones el implante, pero sale mal. Es decir, te hacen el trabajo incompleto. Dejas de querer ser más que los demás, pero no dejas de querer ser menos —le expliqué, al oído—. Y entonces, quedas como la única que todavía se quiere someter a todo el mundo.

Cristina me miró con su propia versión de la mirada amenazante. Pero estaba rojísima. En el bar oscuro, yo casi podía oler la sustancia que despedían las células de su piel al encenderse.

—¿Ya te pusiste roja, Cristina? Todo mundo está viendo cómo te pones roja.

No era verdad. Nadie la veía. Nadie la habría podido ver, pero de todos modos la hice encenderse. Y la hice enojar. Y le provoqué un colapso de risa nerviosa porque, ¿qué más podía hacer ya sino reírse?

Cristina. ¿Podía amarla más de lo que la amaba? ¿Podría amarla más con un amor basado en lo igualitario?

No lo sé. Para mí, era especial poder hacerla feliz con algo con lo que yo también había sufrido. Porque, cuando uno es así, no espera que nadie lo comprenda. No espera la validación de nadie. Las películas, la ficción: el modelo del amor y la sexualidad que ves en los medios no está dirigido para alguien como tú. Porque tú eres un golpeador de mujeres. Y nadie se siente feliz así. A nadie le gustan los golpeadores de mujeres.

Pero yo podía hacer feliz a Cristina. Con mi faceta de verdugo y de golpeador. Cuando entrábamos al pantano, tornábamos el horror en algo exquisito. El *kenjōgo* de los cocodrilos podía tener algo demencial, pero la cadencia de sus palabras era música. Los imaginaba en reverencias gimnásticas. Sus reverencias eran música también.

Por eso, cuando Cristina miraba el vacío del techo y me decía: “Hay algo oscuro en mí, Héctor”. “¿Por qué tengo esta cosa oscura aquí adentro?”

Yo decía: “No. No es oscuro, es lo más *pinky*. No hay nada más *pinky* de ti porque piénsalo. Eres sensei Cristina. Eres dura, eres terca, eres absolutamente imposible”.

»Pero no hay nadie con quien seas más tierna que conmigo. Conmigo te dejas poner tus grilletes rositas. Y haces ruidos de gatito cuando te azoto. Y te pones faldas y lencería absolutamente cursis.

»Ese lado no es oscuro, Cristina. Es rosita. Es tu lado más *sweet*. ¿Y quién ve eso sino yo?

»Soy el hombre más afortunado.»

\*\*\*

*Intervención de Mistress Tristania. Performer y educadora sexual.*

Sí, pues, ¿qué les digo?

Es un hecho que, con la generalización del implante, nuestras prácticas sexuales van a desaparecer.

Miren, la gente… La gente se hace toda clase de ideas acerca de por qué algunos de nosotros nos sentimos atraídos por las prácticas sadomasoquistas. Los freudianos tienen por ahí unas explicaciones muy dramáticas. Hay quien, desde la ignorancia, cree que lo que hacemos son reescenificaciones de traumas o de situaciones de abuso. Nada más falso. Será verdad para alguien, pero también hay practicantes que en su vida han sido abusados de forma alguna.

Creo que todos, en algún momento, nos preguntamos por qué somos así. Y, al final, cada practicante tendrá su teoría personal. O no tendrá ninguna porque, al final, de qué nos sirve explicar las cosas si lo que buscamos es llevar vidas felices. Tener todas las respuestas no siempre da la felicidad.

Pero, en fin, mi percepción personal es que el ser humano tiene una capacidad increíble para sexualizar cualquier cosa que le pongan delante. La existencia de nuestro mundo simbólico y las miles de combinaciones a las que podemos llegar con él le da una variedad enorme a la experiencia de la sexualidad.

Es así que cualquier elemento que forme parte de la experiencia humana… yo les juro que allá afuera hay alguien que lo fetichiza. Les juro que ahorita hay algún televidente que se está masturbando con la visión de este micrófono de metal que tengo en la mano.

Y pues… La experiencia de la jerarquía es muy común. Y no sólo es común, sino que tiene un impacto muy fuerte en nuestro mundo simbólico. Como decía la doctora Vega, todos nacemos en la estructura jerárquica de la familia y nuestra familia nos moldea profundamente. Por eso el poder y la jerarquía son fetiches más populares que la filia por los micrófonos.

Pero, si el poder y la jerarquía dejan de ser parte de la experiencia humana… pues, ¿yo qué les digo? No puedo fetichizar algo que no significa nada para mí. No puedo fetichizar algo que ni siquiera percibo. ¿O alguno de ustedes es fetichista del color margul, aunque nadie lo ha visto porque me lo acabo de inventar?

Si esto desaparece del mundo, desaparecemos sus adeptos también.

Pero quiero que noten una cosa: el implante no hará que la perversión desaparezca. Como bien decía la doctora Vega López, la infancia y la adolescencia seguirán siendo jerárquicas. ¿Y ustedes creen que uno se hace pervertido por arte de magia en cuanto llega a los dieciocho años? En absoluto. Es muy probable que seguirá habiendo jovencitos que desarrollen estas tendencias. Aunque ahora no tendrán ningún *outlet* normalizado y lo inhibirán todo desde muy chicos.

No dejará de existir este sentimiento. Sólo dejará de vivenciarse.

Si el que deje de vivenciarse es una gloria o una tragedia… Eso queda a discreción de cada quien. Habrá quien diga que qué bueno que nos quiten agenda a los pervertidos. Habrá quien comprenda que el eclipse de cualquier mundo, incluso de un mundo ruin, tiene algo de poético y de triste.

En cuanto a los adultos que quieran tomar el implante… creo que es una decisión compleja y muy personal. Suprimirán una parte de sus vidas que quizá les signifique algo en términos de placer, de vínculos, de autoconcepto.

Nosotros —o bueno, yo, porque en realidad yo no represento a nadie— no animo ni desanimo a nadie de hacer nada.

Por mí está bien lo que cada practicante decida para su vida. Yo no soy la jueza de nadie.

Eso sí. Hay una cuestión que es muy chistosa.

Miren, había una pregunta que siempre, cada cierto tiempo, aparecía en Fetlife y en otras comunidades de temática BDSM. La pregunta era: “Si hubiera un botón para des-pervertirte, para ser normal, ¿lo presionarías?”

Todos hemos tenido días en que hemos querido presionarlo. Es muy lógico: cualquier cosa que nos hace diferentes nos hace sentir solos. Y la soledad provoca días muy malos.

Y bueno, en fin. Qué cosas. Ahora ese botón existe. No fue la intención primaria de quienes lo desarrollaron, pero existe.

Entonces, yo lo único que deseo es que nadie allá afuera tome el implante porque se siente solo y desprecia una experiencia de vida que es distinta a la de los otros.

Lo que te pasa no está mal. Lo que sientes no está mal, ni siquiera en este mundo nuevo que ya nos alumbra. Ese es el mensaje que quiero que reciba quien necesite recibirlo.

\*\*\*

Soy el hombre más afortunado.

Y, si pudiera pedirle. Si pudiera castigarla. Si de verdad pudiera ser su amo, le pediría que no lo hiciera.

Desde que me dijo que quería probar el implante, he tratado de entender por qué.

—Porque es el futuro. Porque te amo y nos amo, pero igual a veces me pregunto cómo sería no ser así.

La miraba y ella seguía insistiendo:

—A todo mundo le interesa la igualdad. Es el tema del siglo. Y esta es la culminación. Lo que nos pasa es un vestigio, Héctor. Somos cultura vestigial.

»Piensa en los reptiles: en sus escamas y su caparazón reseco. Piensa en cómo hablamos de las estructuras anquilosadas. ¿Qué decimos del PRI? Que es un dinosaurio. —Cristina tomaba mis manos, de pie, y agitaba la cabeza de un lado a otro—. No quiero ser un dinosaurio, Héctor. No quiero ser como el *keigo*, que es vestigial, también. Algún día, ni siquiera voy a enseñarlo más.

Cristina bajó la cabeza y soltó mis manos. Yo no podía mirarla, la verdad.

—Podríamos no hacerlo nunca. Pero habrá un momento en que el mundo nos rebase. Habrá un momento en que el futuro no me permita estar tan atrás.

»Y no quiero soportar esa angustia. La angustia de saber que se me acaba el tiempo, que a mi *brat* interior le queda un tiempo corto, pero indeterminado, contigo. Prefiero hacerlo ya.

—¿Como se te va a acabar el tiempo, prefieres acabártelo ya? —le espeté—. No te entiendo, Cristina.

Ella sonrió con ironía.

—¿Nunca escuchaste lo que dijo Borges sobre el hombre que iba a entrar en el desierto? “Si la sed va a abrasarme, que ya me abrase”.

»Creo que yo soy ese hombre.

Luego me dijo lo mismo que me dijo antes, mucho tiempo atrás:

—No te pido que lo entiendas. Tampoco tienes que quedarte conmigo después de lo que voy a hacer.

»Es sólo que, ¿sabes? —Nos habíamos sentado. Yo tomaba su mano. Acariciaba sus dedos. Sentía sus uñas. No era capaz de mirarla a los ojos—. No puedo sentir nada. Nunca he sentido nada si no me rebajo. Toda mi sexualidad está codificada en *kenjōgo*. —Cristina me miró. Sentí mirada intensa sobre mí—. A veces quiero saber qué se siente… qué se siente tener sexo en *futsūtai*.

Sexo en *futsūtai*. Yo tampoco me imaginaba qué sería eso. El amor de los *hippies*. Nadie arriba. Nadie abajo. Sentados en armonía. Placer por placer. La idea no me inspiraba absolutamente nada.

—Entonces… ¿no es cierto lo que me dijiste antes? ¿Que me amabas más porque de mí recibías todo y no sólo las caricias?

Cristina sonrió. Era una sonrisa triste, serena, del fin del tiempo.

—Sí es verdad —me dijo—. Y siempre voy a amarte más, mi señor, desde esa parte de mí. Siempre te amaré desde esa parte —suspiró—. Aunque ya no te la pueda mostrar.

Hundió su rostro entre sus manos. Ella lloraba también.

—Pero a lo mejor puedo mostrarte otra cosa. Héctor, no sé. Esta es la experiencia de vida que conozco. Quiero conocer la otra.

\*\*\*

Cristina, Cristina, Cristina.

Por favor.

Desobedéceme una vez más. Sé la más sumisa para mí. Por última vez.

Acordamos una última fantasía. Quería verla limpiar la casa en vestido de *maid*. Quería oírla decir cosas protocolarias. Inclinaría la cabeza para hablarme. Se dirigiría a mí en *sonkeigo* y en *kenjōgo*. Me llevaría bebidas hasta el sillón.

Por supuesto, habría de equivocarse. Derramaría algo sobre mi camisa o yo habría de sorprenderla distraída en su celular.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás de floja, verdad? ¿Así sirves a tu señor?

—No, mi señor —Cristina dejó el celular sobre la mesa a las rápidas, como si se hiciera la inocente. Pero la jalé del brazo. No me iba a engañar.

—No quiero excusas. Dóblate sobre el sofá y levántate el vestido.

Entonces la azoté muy fuerte. Primero con la mano. Después con una tira de cuero. La tira le dejaba unas marcas profundas y rojas que mordían la delicadeza de sus muslos envueltos en medias blancas. Quizá nunca la había azotado tan fuerte.

Cristina resollaba y pronto la escuché suplicar, en su tono más dulce:

—Por favor, mi señor. ¡Por favor! Le juro que no volveré a hacerlo.

Por supuesto que no lo volvería a hacer. ¿No era irónico? Ese juego en el que trataba de corregir su conducta, de hacer de ella una sumisa ejemplar, sin ninguna esperanza. Ese juego se terminaba aquí. Su conducta se corregiría. No por el castigo. No porque yo fuera un buen dominante, sino porque ella ya no tendría ganas de desobedecer.

Cuando terminé, sentí su vulva. Estaba ardiente.

—¿Podría penetrarme, mi señor? —Sus ojos eran una súplica también.

Le apreté las mejillas y me sentí con ganas de ser cruel.

—No. Que te penetren luego, en *futsūtai*. Ahorita me la vas a chupar tú a mí.

Cristina me hizo sexo oral con esmero. Sus ojos se elevaban hacia mí desde lo bajo, mansos y extáticos, como un continente recién descubierto que pide a gritos la invasión.

Aunque las invasiones ya no existirían en el mundo del futuro.

No me corrí en su boca, sino en su cara. Después la vi, preciosa. Con la cinta del cabello despeinada y los ojos llorosos y embarrada de semen, pero preciosa. Quise tomarle una foto para recordarla así, pero eso no era lo que estaba buscando.

—Vete a la cama —le dije y sentí con mis dedos grandes el calor de sus mejillas.

Una vez en la cama, la desvestí. Le limpié la carita, le puse una loción calmante en donde yo mismo la había lastimado y le puse la piyama. Su piyama rosa, con dibujitos de manzanas.

Así fue como la retraté. Exhausta. Con la sonrisa suave y la mirada serena de la primera vez que me habló en *kenjōgo*. “Estoy feliz de haber podido conocerte”, me confesó mucho después que eso me había dicho en nuestra primera cita.

Nunca más la vería así. Nunca más la tendría en mi cama tan rendida y tan tierna.

—Te amo, mi señor —me dijo. Sus dedos tibios rozaron mi cara y la sentí cerca. Quise que nunca se separara de mí—. Siempre voy a amarte desde aquí. De esta forma. Y de otras formas, si tú quieres, también.

\*\*\*

Por supuesto que no voy a dejar a Cristina. No sabría cómo.

En el principio, los cocodrilos hablaron *kenjōgo.* En el futuro, los cocodrilos callarán.

Quiero pensar que, algún día, yo sabré callar junto a ellos. Algún día, el futuro me rebasará. Yo también optaré por lo sensato e inhibiré tantas cosas que están en mi cabeza justo ahora. Lo haré porque caminar juntos hacia un futuro que miramos de espaldas:

Eso es el amor.

**Nota del archivista**

La evidencia fósil y documental sugiere que los reptiles habrían sido un amplio grupo de vertebrados cubiertos de escamas que dominaron la Tierra durante la era Mesozoica, por lo que, en el periodo Cuaternario, los cocodrilosy otros descendientes de aquellos eran ya fósiles vivos, conservados apenas sin variación desde el final del Cretácico.

Aunque esta pieza (y otras que provienen del búnker) asocian a los reptiles con el dominio, la depredación y la obsolescencia, también son un ejemplo de que la vida, más allá de las extinciones en masa, persiste.